



¿QUIÉN ES EL PÚBLICO Y DÓNDE SE LE ENCUENTRA?

(Artículo robado)

El doctor tú te lo pones,
El Montalván no le tienes,
Con que quitándote el don
Vienes á quedar Juan Pérez.

*Epigrama antiguo contra el doctor
don Juan Pérez de Montalván.*

Yo vengo á ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo más defecto, ó llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las más veces sin que nadie me pregunte mi opinión; váyase porque otros tienen el no hablar nada, aunque se les pregunte la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinión y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocentón, nadie extrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezón de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigili-
as y tareas *quisiéramos* saber con quién nos las *hemos*.

Esa voz *público* que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vacía de sentido, ó es un ente real y efectivo? Según lo mucho que se habla de él, según el papelón que hace en el mundo, según los epítetos que se le prodigan y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser álguien. El público es *ilustrado*, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el público es *respetable*: no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, ¿quién es el público y dónde se le encuentra?

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntes en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor. Paréceme, á primera vista, según el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los días y parajes en que suele reunirse más gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas, llámolo público á imitación de los demás. Este día un sinnúmero de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila; veo que á primera hora llena las iglesias la mayor parte por ver y ser visto; observa á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los piés delicados de las bellezas devotas, las hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas; aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están ó no quieren estar en casa; allí entra, habla del tiempo que no interesa, de la ópera que no entiende, etc. Y escribo en mi libro: «El público oye misa, el público coquetea (permítase la expresión mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, á donde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos después de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdón suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas:» idea que confirmo al pasar por la Puerta del Sol.

Éntrome á comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien ser-

vida, etc., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados y con el menor agrado posible: repitiendo este día los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: «¿Qué alicientes traen al público á comer en las fondas de Madrid?» Y me contesto: «El público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.»

Salgo á paseo, y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salón del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro más llano visita la casa de las fieras, se dirige hacia el río, ó da la vuelta á la población por las rondas. No sé cuál es el mejor, pero sí escribo: «Un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y cuarenta horas, y con otro no menos ilustrado, atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagórico Mantillo y al Circo olímpico.»

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente; yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el más peligroso de todos los públicos; y como mi observación hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular extrañeza que *el público tiene gustos infundados*; le veo llenar los más feos, los más oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. ¿Por

qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aquí infiero que *el público es caprichoso*.

Empero aquí un momento de observación. En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de León, del volapié y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafían, se matan en efecto por defender su opinión, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos que no entienden de poesía se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicitrios disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapasón se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos en quienes ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del día están perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentía en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera*.

Acollá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicación debe tener en el *mundo* que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdón de mí examinando: «El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende.»

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas; un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara; todas están llenas: en todas el Yepes y el Valdepeñas mueven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el

agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subirse á la cabeza del público, que no se entien- de á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: «El respetable público se emborracha;» pero felizmente róm- pese la punta de mi lápiz en tal mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi obser- vación y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tanto mete ruido en los billares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque éste es de todos los públicos el que me parece más tonto.

Ábrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respec- tables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelación. Representase una comedia nueva; una parte del público la aplaude con furor: es sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratín acá; otro la silba despia- dadamente; es una porquería, es un sainete, nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: «Está en prosa, y me gusta sólo por eso: las comedias son la imita- ción de la vida; deben escribirse en prosa.» Otro: «Está en prosa y la comedia debe escribirse en verso, porque no es más que una ficción para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben así, es porque no saben versificarlas.» Éste grita: «¿Dónde está el verso, la imaginación, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frío, moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*. Aquél clama: «Gra- cias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginación de nuestros antiguos era desarreglada: ¿qué tenían? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monó- tonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusión de clases, de géneros; el romanticismo es la perdición del teatro: sólo puede ser hijo de una imaginación enferma y delirante.» Oído esto, vista esta discordancia de pareceres, á qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es también aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despre-

ciaron, destrozaron á la Lalande, y entonces ya renunció á mis esperanzas. ¡ Dios mío ! ¿ dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado ; cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce más norma ni más leyes que las del sentido *común*, que tan pocos tienen ? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche : acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y más confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas más ilustradas que yo. Un autor silbado me dice cuando le pregunto : ¿ quién es el público ? « Preguntadme más bien cuántos necios se necesitan para componer un público. » Un autor aplaudido me responde : « Es la reunión de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias. »

Un escritor cuando le silban dice que el público no le silbó, sino que fué una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público, pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa ; el público le ha aplaudido ; el público no puede ser injusto ; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido á sus suscritores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. Á un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los días ; y así de los demás : de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razón exacta de lo que busco.

¿ Será el público el que compra la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las *Vidas de los españoles célebres* y la traducción de la *Iliada* ? ¿ El que se da de cachetes para coger billetes para oír á una cantatriz pinturera, ó el que los revende ? ¿ El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula ?

Y esa opinión pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿ será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia ? ¿ Será la que

condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la imprudencia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razón en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinión de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera? Sólo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas del día: léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborriona papel, y saca el dinero al público por su bien y lleno de respeto hacia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y en fin, hasta el... ¿Pero á qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la ma-

yor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razón, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *por qué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad: que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y el objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto; que olvida con facilidad é ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña; y por último, que con gran sinrazón queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

EL CASARSE PRONTO Y MAL

A sí como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desemeños, tenía otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día; sólo sabemos que vinieron los

franceses, y como aquella buena ó mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y que sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debía tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y

Augusto regresó á España con mi hermana toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador, y racionador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas y de los amores de fulanita con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se emaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la Nueva Eloísa; y no hay más que decir sino que á los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados, y, por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habían dado principio á sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer después á piés juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podía venir á parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.^a que hay despreocupados por este estilo; y 2.^a que somos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y ésta es una de las razones por que estaba mi sobri-

nito destinado á morir de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguóse, pues, que no tenía la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duetos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?—Quiero á Elenita, respondió mi sobrino.—¿Y con qué fin, caballerito?—Para casarme con ella.—Pero no tiene usted empleo ni carrera.—Esa es cuenta mía...—Sus padres de usted no consentirán...—Sí, señor, usted no conoce á mis papás.—Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el interin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.—Entiendo.—Me alegro, caballerito;» y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos, en suma, que hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón, y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor; que en cuanto á comer, ni eso hacía falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más ó menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistía en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado, nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible, y á lo del sér que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron también los padres, y después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y raptó, no dudó nuestro paladín, vista la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario; púsose el plan en ejecución y á los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algún dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar á su Medoro, cantarle un aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabía más que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salía de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer le detenía hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augusto pasa el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren; pero en casa donde no hay harina todo es mohína; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos á otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no há mucho tiempo él mismo la inducía; á los continuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los

vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices; aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica: sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus piés son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideración. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero, y les promete aún protección! ¡Qué movimiento en él! ¡qué actividad! ¡qué heroísmo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seducción y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa, sus hijos están solos.—¿Y mi mujer? ¿y sus ropas?—Corre á casa de su amigo.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policia, se informa. Una joven de tales y tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado

por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le han conocido: asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

« Madre mía, dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crimen: harto cara pago mi falsa despreocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. A Dios para siempre.»

Acabada esta carta se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el más bello corazón se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamándome, para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

« Hijo... despreocupación... boda... religión... infeliz... » son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasión les tengo reservados.

EL CASTELLANO VIEJO



YA en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que parecería el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí), á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los del Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacermele más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién

fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás: «¿Quién soy?» gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy?—Un animal,» iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales: «*Braulio eres*—» le dije. Al oirme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. «¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿Quién pudiera sino tú?...—¿Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio, no he venido.—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí. ¿Sabes que mañana son mis días?—Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente, exijo de ti que no vayas á dárme los; pero estás convidado.—¡Á qué?—Á comer conmigo.—No es posible.—No hay remedio.—No puedo, insisto temblando.—¿No puedes?—Gracias.—¿Gracias? Véte á paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...» ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? «No es eso, sino que...—Pues si no es eso, me interrumpo, te espero á las dos: en casa se come á la española, temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X... que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.» Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder; un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. «No faltarás si no quieres que riñamos.—No faltaré,» dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. «Pues hasta mañana;» y me dió un torniscón por despedida. Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertene-

cer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educación más escogida y modales más suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por dónde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguera le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco más ó menos lo que á una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omóplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta á uno cara á cara*. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir: *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir: *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación

con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise sin embargo excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre los cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposición, que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

«Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mía.—Espera un momento, le contestó su esposa casi al oído, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...—Bien, pero mira que son las cuatro...—Al instante comeremos...» Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

«Señores, dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras

respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígarol quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quitate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios.—No importa, te daré una chaqueta mía, siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Ph! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.—Pero Braulio...—No hay remedio, no te andes con etiquetas;» y en esto me quita él mismo el frac, *velis, nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los piés y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banquetta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distinción entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

«Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el anfitrión una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys;» frase que creyó preciso decir. «Necia afectación es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia.» Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. «Sírvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdone usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores,» exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura: siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro, y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

«Este plato hay que disimularle, decía ésta de unos pichones; están un poco quemados. — Pero, mujer... — Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — ¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde. — ¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? — ¿Qué quieres? Una no puede estar en todo. — ¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato; excelente! — Este pescado está pasado. — Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto! — ¿De dónde se ha traído este vino? — En eso no tienes razón, porque... — Es malísimo.» Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se re-

putan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas había podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos. « Señora, no se incomode usted por eso, le dije el que á su lado tenía. — ¡ Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto: otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás... — Usted, señora mía, hará lo que... — ¡ Braulio! ¡ Braulio! » Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿ Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? ¿ que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿ Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

Á todo esto, el niño que á mi izquierda tenía hacía saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, ó sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. « Este capón no tiene coyunturas, » exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡ Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiem-

pos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpiísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, aumentase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retirase atolondrada sin acertar con las excusas, al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. « ¡ Por San Pedro! » exclama dando una voz Braulio; difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. » Pero sigamos, señores, no ha sido nada, » añade volviendo en sí.

¡ Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huíd del tumulto de un convite de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿ Hay más desgracias? ¡ Santo cielo! ¡ Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡ oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversación,

roncas ya las voces piden versos y décimas y no hay más poeta que Figaro. « Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié: *A don Braulio en este día.* — Señores, ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aquí sin decir algo.» Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla, y el humo y el infierno.

Á Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecación mental, corro á mi habitación á despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

VUELVA USTED MAÑANA

GRAN persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institución ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á más de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena ó en mala parte han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada é hiperbólica, de estos que ó creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen á primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen, después de sabidos, dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración.

Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no las puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de éstos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial ó mercantil, eran los motivos que á nuestra patria le conducían.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en qué invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposición, y fué preciso explicarme más claro. «Mirad, le dije, Mr. Sans-délai, que así se llamaba; vos venis decidido á pasar quince días, y á solventar en ellos vuestros asuntos.—Ciertamente, me contestó. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa; aún me sobran de los

quince, cinco días.» Al llegar aquí Mr. Sans-délai, traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro, mal de mi grado. «Permitidme, Mr. Sans-délai, le dije entre socarrón y formal, permitidme que os convide á comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.—¿Cómo?—Dentro de quince meses estáis aquí todavía.—¿Os burláis?—No por cierto.—¿No me podré marchar cuando quiera?—¡Cierto que la idea es graciosa! Sabed que no estáis en vuestro país activo y trabajador.—¡Oh! los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores á sus compatriotas.—Os aseguro que en los quince días con que contáis no habréis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.—¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad.—Todos os comunicarán su inercia.»

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres días; fuímos. «Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía.—Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente día, porque el amo acaba de salir.—Vuelva usted mañana, nos respondió el otro, porque el amo está durmiendo la siesta.—Vuelva usted mañana, nos respondió el lunes siguiente, porque hoy ha ido á los toros.» ¿Qué día, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y «Vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio. Á los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido

Díaz, y él había entendido Díaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que le había mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola; y el sombrerero, á quien le había enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

«¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai? le dije al llegar á estas pruebas. — Me parece que son hombres singulares... — Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.»

Presentóse con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

Á los cuatro días volvimos á saber el éxito de nuestra pretensión. «Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy. — Grande causa le habrá detenido,» dije yo entre mí. Fúimonos á dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros en Madrid.

Martes era al día siguiente, y nos dijo el portero: «Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da au-

diencia hoy. — Grandes negocios habrán cargado sobre él, » dije yo. Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debía costar trabajo el acertar. « Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero ; su señoría está en efecto ocupadísimo. »

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡ qué fatalidad ! el expediente había pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la sección de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondía á aquel ramo ; era preciso rectificar este pequeño error ; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando después de tres meses á la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. « De aquí se remitió con fecha tantos, decían en uno. — Aquí no ha llegado nada, decían en otro. — ¡ Voto va ! dije yo á Mr. Sans-délai ; ¿ sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población ? »

Hubo que hacer otro. ¡ Vuelta á los empeños ! ¡ vuelta á la prisa ! ¡ qué delirio ! « Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares. » Es decir que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma, ó al informe, ó á la aprobación, ó al despacho, ó debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen que decía : « Á pesar de la justicia y

utilidad del plan del exponente, negado.» — «¡ Ah, ah, ah! Mr. Sans-délai, exclamé riéndome á carcajadas: este es nuestro negocio.» Pero Mr. Sans-délai se daba á todos los oficinistas, que es como si dijéramos á todos los diablos. «¿ Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿ Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega en fin, nos dicen redondamente que no? ¿ Y vengo á darles dinero? ¿ y vengo á hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras.—¿ Intriga, Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.»

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

«Ese hombre se va á perder, me decía un personaje muy grave y muy patriótico. — Esa no es una razón, le repuse: si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía ó de su ignorancia.— ¿ Cómo ha de salir con su intención?— Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse; ¿ no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa? — Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere.— ¿ Á los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?— Sí, pero lo han hecho.— Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿ Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.— Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.— Por esa razón deberían darle á usted papilla todavía como cuando nació.— En fin, señor Figaro, es un extranjero.— ¿ Y por qué no lo hacen los naturales del país?— Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre.— Señor mío, exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia; está usted en un error hartó general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á

todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabían más que ellas.

« Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe; si gana es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrear solos. Este extranjero que se establece en este país no viene á sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y á la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuído al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los Gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los extranjeros: á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; á los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados-Unidos... pero veo por sus gestos de usted, concluí interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡ Por cierto si usted mandara podríamos fundar en usted grandes esperanzas! »

Concluída esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. « Me marchó, señor Fígaro, me dijo: en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré á ver lo que haya en la capital de más notable. — ¡ Ay! mi amigo, le dije, idos en paz,

y no queráis acabar con vuestra poca paciencia ; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven. — ¿ Es posible? — ¿ Nunca me habéis de creer? Acordaos de los quince días... » Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

« *Vuelva usted mañana*, nos decían en todas partes, porque hoy no se ve. — Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial. » Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito : representábasele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir : *Soy extranjero*. ¡ Buena recomendación entre los amables compatriotas míos ! Aturdiase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Días y días tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, después de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razón que yo ya antes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres ; diciendo sobre todo, que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana, enteramente futuro, lo mejor ó más bien lo único que había podido hacer bueno había sido marcharse.

¿ Tendrá razón, perezoso lector (si es que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿ Será cosa de que vuelva el día de mañana con gusto á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy : si mañana ú otro día no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para ojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo á mí mismo que todo esto veo y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa ; abandonar más de una pretensión empezada, y las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible ; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida ; te confesaré que no hay negocio que no

pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once, y duermo siesta; que paso haciendo quinto pié de la mesa de un café hablando ó roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que há más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntes, el título de este artículo, que llamé *Vuelva usted mañana*; que todas las noches y muchas tardes he querido durante todo este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: ¡*Eh! mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

EL MUNDO TODO ES MÁSCARAS; TODO EL AÑO ES CARNAVAL

(Artículo del Bachiller)

¿Qué genté hay allá arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

MORATÍN, *Comedia nueva*.

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los

desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

Animado con esta reflexión, cogí la pluma y ya iba á escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamación en el país, para contentar á todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habían de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexión era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despechado y decidido á consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese para de aquí en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *cotufas en el golfo*, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba yo para dormirme, á lo cual había contribuído no poco el esfuerzo que había hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, ó á lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes:

« ¡Vamos á las máscaras! bachiller, me gritó.—¿ Á las máscaras?—No hay remedio; tengo un coche á la puerta: ¡ á las máscaras! Iremos á algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscripción.—Que te diviertas: yo me voy á acostar.—¡ Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta.—¡ Adios! Hasta mañana.—¿ Á dónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin ti no voy, y perderé la mejor ocasión del mundo...—¿ De veras?—Te lo juro.—En ese caso, vamos. ¡ Paciencia! Te acompañaré.» De mala gana entré dentro de un amplio ropa-

je, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: «¡Cómo nos vamos á divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!»

Era el coche alquilerón; á ratos parecía que andábamos tanto atrás como adelante, á modo de quien pisa nieve, á ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusión, que temeroso yo de alguna pesada burla del carnaval, parecida al viaje de D. Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si después de media hora de viaje estaríamos todavía á la puerta de mi casa, ó si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo sin embargo en la duda de si habría andado el coche hacia la casa ó la casa hacia el coche; subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos: un Edipo, sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica, y dejando á su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un romano coetáneo de Catón dando órdenes á su cochero para encontrar su landó dos horas después; un indio no conquistado todavía por Colón, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un moro santiguándose asombrado de ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quién los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los más para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Después de un modesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algún ciego alquilerón para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano*, *tan piano* que nadie lo consiguió oír jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando á modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intención de ánimo sendos encontrones á derecha é izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y según yo llegué á presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que á otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban á sus hijas, y algunos maridos á sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba á su madre, ni una sola mujer á su marido. «Acaso, decían, se habrán quedado dormidas entre la confusión en alguna otra pieza...—Es posible, decía yo para mí, pero no es probable.»

Una máscara vino disparada hacia mí. «¿Eres tú? me preguntó misteriosamente.—Yo soy, le respondí seguro de no mentir.—Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes.—¡Lástima grande!—¡Mira tú qué ocasión! Te hemos visto, y no atreviéndose á hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta os veréis en la *Sartén*... Dominó encarnado y lazos blancos.—Bien.—¿Estás?—No faltaré.»

«¿Y tu mujer, hombre? le decía á un ente rarísimo que se había vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo. «Durmiendo estará ahora; por más que he hecho no he podido decidirla á que venga; no hay otra más enemiga de diversiones.—Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche?—No, hasta las cuatro.—Haces bien.» En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras: «Nada ha sospechado.—¿Cómo era posible? Si salí una hora después que él...—¿Á las cuatro ha dicho?—Sí.—Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada?—No hay cuidado alguno, porque...» Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de *¿Me conoces? Te conozco, etc., etc.*

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecía de noche á cuantos esperaban para pegarles? «¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas?—No por cierto, porque no esperaba encontrarte.—¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido antes en no darnos nuestros

nombres, ni aun por escrito. Si no...—¿Pues qué hubo?—
 ¿Qué había de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo.—¿Qué dices?—Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustias!—¿Y cómo saliste del paso?—Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos á verle; será de algún enamorado; se lo arrebató; veo que empieza *querida Anita*; cuando no ví mi nombre, respiré; empecé á echarlo á broma. ¿Quién será el desesperado? le decía riéndome á carcajada.—Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decías que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. Si vieras cómo se reía.—¡Cierto que fué gracioso!—Sí, pero, por Dios, *don Juan, de éstas pocas.*» Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude; el lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talismán de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oír á un máscara que á mi lado bajaba: «¡Pesia á mí! le decía á otro; no ha venido; toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Carlos lo cogió...—Hombre, no tengas cuidado.—¡Paciencia! Mañana será otro día. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta.—Hiciste muy bien.—Perfectísimamente,» repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidas aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tanpoco algún contratiempo para mí. Yo me había llevado la querida de otro; en justa compensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse á la suya, como se parecía mi dominó al del desventurado querido. «Ya estás vengado, exclamé, oh burlado mancebo.» Felizmente yo al entregarla en la puerta había tenido la previsión de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh previsión oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; había salido ya de la casa, había andado largo trecho, y aún volvía la cabeza de rato en rato

hacia sus altas paredes, como Héctor al dejar á su Andrómaca, diciendo para mí: «Allí quedó, allí la dejé, allí la vi por la última vez.»

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro: en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos ó solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de menos la acción en una buena cantatriz, ó alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy á buscar virtudes á las máscaras. Pero nunca llegué á comprender el afán que por asistir al baile había manifestado tantos días seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo: no entiendo todavía á don Jorge cuando dice que estuvo en la función, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda diferencia estaba en él con respecto á las demás noches en ganar ó perder, vestido de moharracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razón en qué se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que ví buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar á quién embromar ni quién los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que también tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo último cuando observamos que los más de éstos os dicen, si los habéis conocido: «¡Chitón! ¡Por Dios! No digáis nada á nadie.» Seguidlos, y os convenceréis que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile... nunca empero se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: «¿Mañana es el baile en Solís?—Pues hasta mañana.—¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!»

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaría pasar en silencio, antes de concluir las, lo más principal que me ocurría. ¿Qué mejor careta há menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los días, y reza sus de-

vociones ; á merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡ Qué empeño de no parecer Julianita lo que es !
 ¿ Para eso solo se pone un rostro de cartón sobre el suyo ?
 ¿ Teme que sus facciones delaten su alma ? Viva tranquila ; tampoco há menester careta. ¿ Veis su cara angelical ? ¡ Qué suavidad ! ¡ Qué atractivo ! ¡ Cuán fácil trato debe de tener ! No puede abrigar vicio alguno. — Miradla por dentro, observadores de superficies : no hay día que no engañe á un nuevo pretendiente ; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo : esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿ Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad ? ¡ Qué deferencia ! ¡ Qué previsión ! ¡ Cuán sumiso debe ser ! No le escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia ; es un tirano grosero de la que entrega su corazón. Su cara es también más pérfida que su careta ; por esta no estás expuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella ; ¡ pero la otra !... imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y sólo puede ser un pérfido guía que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algún pesar muy grande debía afligirme ; pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos : el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su *bisoñé* : la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo ; de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era : un pesar me afligía. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta corte ; el continuo traspasar, el estar en pié la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habían debilitado mis fuerzas en tales términos, que el hambre era á la sazón mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de común acuerdo nos decidimos á cenar lo más espléndidamente posible. ¡ Funesto error ! Así se refugiaban máscaras á aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venían los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va

buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas había un plato de qué disponer; pedimos sin embargo de lo que había, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que había cenado antes que nosotros había tenido la previsión de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, según decían nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salón de baile, y cansado ya de observar y de oír sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambición se limitó á conquistar con los codos y los piés un rincón donde ceder algunos minutos á la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginación entre mil ideas opuestas, hijas de la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas que vienen á tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados alestargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que á mí me aconteció, porque al fin, según expresión de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto*. No bien había cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mío; poco á poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso metéoro. Saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fría como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se

movía á mi lado, y una voz semejante á un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: *Abre los ojos, bachiller; si te inspiro confianza sígueme*; el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo*. «Te conozco, me dijo; no temas: vienes á observar el carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! ven conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera carnaval, sin esperar al segundo mes del año.»

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, y no sé si sobre algún dragón alado, ó vara mágica, ó cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entonces ví al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente antejo de larga vista.

«Mira, me dijo mi extraño *cicerone*. ¿Qué ves en esa casa? — Un joven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzón; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión sobre todo indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

» ¿Y allí? — Una mujer de cincuenta años. — Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos. — ¿Qué es aquello? — Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de olor; á la derecha un *polisón*. — ¡Cómo se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento. — Repara su gesticulación de coqueta. — ¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez! — Más de una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

» ¿Quién es aquel más allá? — Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os

daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

» Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á la vida, tornará á las andadas. Á su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un bastón en una mano, una receta en la otra: *Ó la tomas, ó te pego. Aquí tienes la salud*, parece decirle, *yo sano los males, yo los conoço*; observa con qué seriedad lo dice; parece que cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo?—Sí.—Pues oye también el último ay del moribundo, que va á la eternidad, mientras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sabio.

» Ven á ese otro barrio.—¿Qué es eso? Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas?—Sí.—Míralas con este anteojo.—¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

» Mira una boda; ¡con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad!

» ¿Quién es aquel?—Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas*, parece que va diciendo.—¿Y no es cierto? Ha ganado la de ***.—¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.—Pero...—No es lo mismo.—¿Y la otra de ***?—La casualidad.—Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E., él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

» Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿Á qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle, y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar, antes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero

desencantarte.» Al decir esto pasábamos por el teatro. « Mira allí, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Nerón, y de Otelo... ¡ Infeliz ! ¿ Pero qué mucho ? Un inmenso concurso se lo cree también. ¡ Ya se ve ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y riéte á tu salvo. ¿ Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos ? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡ y qué más sé yo ! ¿ Ves aquel que sale ahora ? Aquel dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo ; ¿ los conoces tú ? — Sí ; por más señas que esta mañana los ví en misa. — Pues míralos ; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero se van á cenar sin más acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algún carnero verde, ó si quieres un excelente *beefsteak* hecho en casa de Genyeis. ¿ Quieres oír á Semíramis ? — ¿ Estás loco, Asmodeo ? ¿ Á Semíramis ? — Sí ; mírala ; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿ Oíste qué bien cantó aquel adagio ? Pues es la viuda de Nino ; ya espira ; á imitación del cisne, canta y muere. »

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras ; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡ Asmodeo ! grité. Profunda oscuridad ; silencio de nuevo en torno mío. ¡ Asmodeo ! quise gritar de nuevo ; dispiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos ; y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio ; un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés... ¡ Cielos ! ¿ Qué es esto ? ¿ Ha sonado ya la trompeta final ? ¿ Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra á la voz del Omnipotente en el valle de Josafat ?... Poco á poco vuelvo en mí, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, é imitando las expresiones de Asmodeo, que aún suenan en mis oídos : « *El mundo todo es máscaras : todo el año es carnaval.* »

EN ESTE PAÍS

HAY en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan fuertemente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escenas y en cambios de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidéz del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeron. Su destino es, efectivamente, como sonido vago, que son, perderse en lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; estas sirven en las revoluciones para lisonjear á los partidos, y á humillar á los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país..... esta es la frase que todos repetimos á por-

fía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡ *en este país!* Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: ¡ *cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿ Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser este su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce, de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿ Es la pereza de imaginación ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuánto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transición, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón sin embargo, ó la naturaleza por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésele despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este á nuestro entender el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos

de lo que tenemos para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará más tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir á propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdenosa de su país, fué no há mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera, me dijo. ¿Qué quiere usted? en este país...—Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en que había de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

«Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beefsteak con todos los adherentes de un almuerzo á *la fourchette*; y que en Paris los

que pagan ocho ó diez reales por un *appartement garni*, ó una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.»

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó á que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya á estudiar sobre aquella máquina, como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio; de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.—¡Cosas de España! me salió diciendo, al referirme su desgracia.—Ciertamente, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son santos varones, y los hombres ni son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado á un hombre de más luces que él.—¡Cosas de España! me repitió.

«Sí, porque en otras partes colocan los necios,» dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: ni uno.

—¿Lo ve usted, Fígaro? me dijo: ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

—Desengáñese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo.

—Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? le pregunté sin embargo.

—No, señor, en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times*!!!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermocean continuamente este país, y clamaba: ¡Qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metía el pié torpemente en un charco. ¡No hay limpieza en España! exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.—¡Ah! ¡país de ladrones! vociferaba indignado. Porque en Londres no se roba; en Londres donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un día de niebla á los transeúntes.

Nos pedía limosna un pobre.—¡En este país no hay más que miseria! exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Íbamos al teatro, y—¡Oh, qué horror! decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida. ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.—No entremos. ¡Qué cafés los de este país! gritaba.

Se hablaba de viajes.—¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos á mirar atrás, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocía en la corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del cielo; en que no existían más posadas que las descritas por Moratín en el *Sí de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del *Hijo Pródigo*, ó las malhadadas ventas para caminantes asende-reados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían á naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el

público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se conocía más ópera que el *Marlborough* (ó *Mambruc*, como dice el vulgo) cantando á la guitarra; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin.... en que....

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven á mirar atrás porque habrían de poner un término á su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos sin embargo de explicar nuestra idea claramente más que á los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oímos á un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer á un país donde las ventajas de la ilustración se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspección examinar, nada extrañamos en su boca, sino es la falta de consideración y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oímos la expresión despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles sobre todo que no conocen más país que este mismo suyo que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignación límites en qué contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra á este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos, y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos; sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye á aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor ó justicia á nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: ¡*Cosas de España!* contribuya cada cual á las mejo-

ras posibles ; entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, á cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

LA FONDA NUEVA

PRECISO es confesar que no es nuestra patria el país donde viven los hombres para comer : gracias por el contrario si se come para vivir : verdad es que no es este el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos : no hay género de diversión que no nos falte : no hay especie de comodidad de que no carezcamos. «¿ Qué país es éste ?» me decía no hace un mes un extranjero que vino á estudiar nuestras costumbres. Es de advertir, en obsequio de la verdad, que era francés el extranjero, y que el francés es el hombre del mundo que menos concibe el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española.—Grandes carreras de caballos habrá aquí, me decía desde el amanecer : no faltaremos.—Perdone usted, le respondía yo ; aquí no hay carreras.—¿ No gustan de correr los jóvenes de las primeras casas ? ¿ No corren aquí siquiera los caballos ?...—Ni siquiera los caballos.—Iremos á caza.—Aquí no se caza : no hay dónde, ni qué.—Iremos al paseo de coches.—No hay coches.—Bien : á una casa de campo á pasar el día.—No hay casas de campo, no se pasa el día.—Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa... habrá jardines públicos donde se baile ; más en pequeño, pero habrá sus *tivolis*, sus *ranelagh*, sus *campos elíseos*... habrá algún juego para el público.—No hay nada para el público : el público no juega.—Es de ver la cara de los extranjeros cuando se les dice francamente que el público español, ó no siente la necesidad interior de divertirse, ó se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos : creía mi extranjero que yo quería abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado, «paciencia, me decía por

fin : nos contentaremos con ir á los bailes que dén las casas del buen tono y las suarés...»—Paso, señor mío, le interrumpí yo : ¿con que es bueno que le dije que no había gallinas y se me viene pidiendo...? En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla ó reza, ó hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada más cierto sin embargo que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un día solo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas : el lunes, y no necesito decir en qué : los demás días examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo el día más alegre del año reduce su diversión á calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen piés), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible són de la agria voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las partidas de caza, las casas de campo, todo se encierra en dos ó tres tiendas de la calle de la Montera. Allí, se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse á comer, si no hay sobre todo noticias gordas de Lisboa, ó si no dan en pasar muchos lindos talles de quién murmurar, y cuya opinión se pueda comprometer, en cuyos casos varía mucho la cuestión y nunca falta qué hacer.—¿Qué se hace por la tarde en Madrid?—Dormir la siesta.—¿Y el que no duerme, qué hace?—Estar despierto; nada más. Por la noche, es verdad, hay su poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir á silbar un rato la mala voz del bufo caricato, ó á aplaudir la linda cara de la *altra prima donna*; pero ni se proporciona tampoco todos los días, ni se divierte en esto sino un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto á la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez más, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, esa sólo de una manera se divierte. ¿Llegó un día de días? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa? que en España ese es el grande alegrón que

hay que recibir. Sólo de un modo se solemniza. Gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero más gran familia: seis personas coge el coche á lo más. Pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos amigos íntimos convidados, una prima que se apareció allí casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo: la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la misma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y á la fonda. La esperanza de la gran comida, á que se va aproximando el coche, mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia sobre todo del diurno puchero alborotan á nuestra gente en tal disposición, que desde media legua se conoce el coche que lleva á la fonda á una familia de enhorabuena.

Tres años seguidos he tenido la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el día sólo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con más rapidez de lo que algunos piensan, ó el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme á semejante despropósito. No hace mucho sin embargo que un conocido mío me quiso arrastrar fuera de mi casa á la hora de comer.—Vamos á comer á la fonda.—Gracias; mejor quiero no comer.—Comeremos bien; iremos á Genyeis: es la mejor fonda.—Linda fonda: es preciso comer de seis ó siete duros para no comer mal. ¿Qué aliciente hay allí para ese precio? Las salas son bien feas: el adorno ninguno: ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano, ni... ni Burdeos, ni Champagne... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por más raíz de lirio que se le eche.—Iremos á los Dos Amigos.—Tendremos que salirnos á la calle á comer, ó á la escalera, ó llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga.—Á cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van á dar bien de comer.—¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted, nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos: sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luégo una sopa que llaman de yerbas, y que no podría acertar á tener

nombre más alusivo; estofado de vaca á la italiana, que es cosa nueva; ternera mechada, que es cosa de todos los días; vino de la fuente; aceitunas magulladas; frito de sesos y manos de carnero, hechos aquellos y estos á fuerza de pan: una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejaremos nosotros para mañana.—Y también nos llevarán poco dinero, que aquí se come barato.—Pero mucha paciencia, amigo mío, que aquí se aguanta mucho.

No hubo sin embargo remedio: mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenía capricho de comer mal un día. Fué preciso, pues, acompañarle, é íbamos á entrar en los Dos Amigos, cuando llamó nuestra atención un gran letrado nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figón de Perona dice: *Fonda del Comercio*.—¿Fonda nueva?—Vamos á ver. En cuanto al local, no les da el naípe á los fondistas para escoger local; en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados á no pagarnos de apariencias; nosotros decimos: ¡como haya que comer, aunque sea en el suelo! Por consiguiente nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Chocónos sin embargo la diferencia de las caras de ahora, y las que hace medio año se veían en aquella casa. Vimos elegantes, y diónos esto excelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es lo mejor; pero es preciso acordarnos de que la Fontana era también la mejor cuando se instaló: esta será, pues, otra Fontana dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra, cederá á la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio: la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es difícil reducir lo poco: se ha adoptado en ella el principio admitido en todas; un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demás, no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador oscuro el aspecto de una fonda. Si á su entrada hay ya una familia en los postres, ¿qué efecto le hace al que entra frío y sereno el ruido y la algazara de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se ríen tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No, señor; se ríen de que han comido, y la parte física del hombre triunfa de la moral, de la sublime; que no debiera estar tan alegre sólo por haber comido.—Allí está la familia

que trajo el coche... ¡ Apartemos la vista y tapemos los oídos por no ver, por no oír!!!

Aquel joven que entra venía á comer de medio duro : pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata : dejóse coger también por la negra honrilla, y sólo por los testigos pide de á duro. Si como son sólo conocidos, fuera una mujer á quien quisiera conquistar, la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de á doblón : á pocos amigos que encuentre, el infeliz se arruina. ¡ Necio rubor de no ser rico! ¡ Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿ Y aquel otro? Aquel recorre todos los días á una misma hora varias fondas : aparenta buscar á alguien : en efecto, algo busca ; ya lo encontró : allí hay conocidos suyos : á ellos derecho : primera frase suya:—¡ Hombre! ¿ Ustedes por aquí? —Coma usted con nosotros, le responden todos.—Excúsase al principio ; pero si había de comer solo... un amigo á quien esperaba no viene... ¡ Vaya, comeré con ustedes! Dice por fin y se sienta. ¡ Cuán ajenos estaban sus convidadores de creer que habían de comer con él! Él sin embargo sabía desde la víspera que había de comer con ellos : les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los más días de oídas, y algunos por haber oído.

¿ Qué pareja es la que sin mirar á un lado ni á otro pide un cuarto al mozo y...? Pero es preciso marcharnos, mi amigo y yo hemos concluído de comer : cierta curiosidad nos lleva á pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado á comer sin testigos aquel oscuro matrimonio... sin duda... Una pequeña parada que hacemos alarma á los que no quieren ser oídos, y un portazo dado con todo el mal humor propio de un misántropo nos advierte nuestra indiscreción y nuestra impertinencia. Paciencia, salgo diciendo : todo no se puede observar en este mundo; algo ha de quedar oscuro en un cuadro : sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de *La Revista Española*.

LAS CASAS NUEVAS

LA constancia es el recurso de los feos, dice la célebre Ninón de Lenclós en sus lindas cartas al marqués de Sévigné; las personas de mérito, que saben por donde quiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras á las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

»Estos son generalmente los que temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesión de sensaciones tan vivas como diferentes.»

Aquella máxima de coqueta, al parecer ligera, si no es siempre cierta, porque no á todos les es dado el poder ser inconstantes, es sin embargo profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar más de una exacta aplicación. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor; tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazón, y pasemos como sobre ascuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenía yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacía ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la constancia. El hombre efectivamente se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse á buscar otras, como se figure acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por

costumbre á lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia á lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazón á las aficiones que pudieran llegar á dominarle, agregado esto á la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habían puesto á mi familia, lograron hacer de mí el sér más veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver á las mismas gentes todos los días, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los días, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes: esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquellos? ¿Se intimó la amistad? ¡Á Dios! como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted; todos son desaires, todas crudas y ácidas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como á la francesa, mañana á la inglesa; un día ceno y otro meriendo: ni tengo horas fijas ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses sólo para hablar en francés una hora al día: me trato con los operistas para hablar una vez á la semana en italiano: aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie; y sufro las impertinencias de un inglés, á quien trato, por darme á entender en el idioma en que decía Carlos V que hablaría á los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los días desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fui el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguía*, ora *Andrés Niporesas*, ora *Fígaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aún que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar he venido á conocer que sólo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los días en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce

la picadura del pez en el corazón del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro á mi casa, pongo en movimiento á mi familia, hágame la ilusión de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los más recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: « ¡ Qué hermosura! exclamo; esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia.» Si es chica: « Gracias á Dios, me digo, que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es á lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre tan reducido también y limitado.» Si es cuarto bajo: « No tiene escalera, digo, y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas.» Si es alto el piso: « ¡ Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilación y qué pureza de aires! » Si es caro: « ¿ Qué importa? lo primero es tener buena habitación.» Si es barato: « Mejor; con eso emplearé en galas lo que había de invertir en mi vivienda.»

Nadie, pues, más feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar fácilmente por la última persona que oyen, de esos caracteres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número de este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la más firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes á mi hombre descontento ya con cuánto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere, cuando menos, mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque esta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el origen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es sólo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están reducidas á una ó dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado

grandes; son oscuras por lo general á causa de su mala repartición y combinaci3n de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirigimonos, pues, á ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche á la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la poblaci3n de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La poblaci3n que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó, con raz3n, que se sigue en todas el método antiguo de construcci3n: sala, gabinete y alcoba pegada á cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio más desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construcci3n á las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros paises lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse á desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrían sustituir vidrios de mejor calidad, de más tamaño, y unidos entre sí con sutiles listones de madera, que harían siempre mejor efecto á la vista y darían más entrada á la luz? ¿No convendría desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas-ventanas de hojas más delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas, sobre todo más espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frío el cuerpo y atufándonos con el pestífero carb3n, y que son restos de los sahumadores orientales introducidos en nuestro pa3s por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canalones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeúnte, además del agua que debía naturalmente caerle del cielo, toda la que no debía

caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes á los de Correos, pegados á la pared?

Los caseros, más que al interés público, consultan el suyo propio: *aprovechemos terreno*; ese es su principio; *apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje*: cada habitación es en el día un baúl en que están las personas empaquetadas de pié, y las cosas en la posición que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco más de hombre ó un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piecitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y: *¡este cuarto es mío!* exclama. —Pero acabemos de ver.—Nada; inútil, quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio.—De allí á media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenía mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; á lo menos tal nos parece siempre á los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusión de óptica.—¿Qué tiene usted que mandarme?...—¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?...—Sí, señor.—Hay varios cuartos en la casa.—Están dados.—¿Cómo! si no están hechos...—Ahí verá usted.—¿Pero no habría?...—Un tercero queda.—Bueno; he dicho que quiero casa nueva.—No es tampoco de los más altos, caballero; no tiene más que novena y tres escalones y un tramito.—Ya se ve que no es mucho: se baja uno á Madrid en un momento; quiero casa nueva.—¿Pagará usted adelantado?—Hombre, ¿adelantado? Á mí nadie me paga adelantado.—Pues déjelo usted.—¡Ah! no, eso no; bien; pagaré ¿un mes?—Tres meses ó seis.—Pero, hombre...—Dejarlo.—No, bien, bien; ¿cuánto renta? Es tercero y tiene pocas piezas y estrechas, y...—Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le ponga en doce.—¡Diez reales!—Si no acomoda...—Sí, señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva!—Fiador.—¿Fiador?—Y abonado.—Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos; el marqués de...—¿Marqués? no, no, señor.—El coronel de...—¿Militar? menos.—Un mayor-

domo de semana.—¿Tiene fuero? no, señor.—Pero, hombre, ¿adónde he de ir á buscar?...—Ha de tener casa abierta.—Pero si yo no me trato con taberneros, ni...—Pues dejarlo.— ¡Voto va!

No hubo más remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza á todos los diablos. Venciéronse por fin las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padrón, y cogió... ¿qué había de coger por último? el cielo con las manos, lectores míos. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcón, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y, al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le había estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fué preciso pagar los daños: el bufete entró como taco en escopeta, haciendo más allá la pared á fuerza de rascarle el yeso con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fué imposible meterla en la alcoba: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichón, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! mi amigo tiene un suegro sumamente gordo; verdad es que es monstruoso; y es hombre que há menester dos billetes en la diligencia para viajar: como á éste no se le podía romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? no es decente.—¿Meterlo por el balcón? no es para todos los días. ¡Santo Dios! ¡que no se hagan las casas en el día para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer están los trastos dentro: mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, ó á perder carnes, ó á ganar casa.

LA SOCIEDAD

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social*, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme á la opinión de los escritores mal humorados, que han querido probar que el hombre habla por una aberración, que su verdadera posición es la de los cuatro piés, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hanse apoyado para fundar semejante opinión en que la sociedad le roba parte de su libertad, sino toda: pero tanto valdría decir que el frío no es cosa natural, porque incomoda. Lo más que concederemos á los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad: razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. Á nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

De necesidad parece, creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus fuerzas á las de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque á su hermano (que así se

llaman los hombres unos á otros por burla sin duda) para pedirle su auxilio : de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error, es todo lo contrario : nadie concurre á la reunión para prestarle servicios ; sino para recibirlos de ella : es un fondo común donde acuden todos á sacar, y donde nadie deja, sino cuando sólo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es por una incomprensible contradicción aquello mismo que parecería destinado á disolverla ; es decir, el egoísmo. Descubierto ya el estrecho vínculo que nos reúne unos á otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen : primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos á otros ; segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos ; y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer á nosotros mismos más que á los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creación estaba en que no nos necesitásemos, y si quien ponía por base de todo el egoísmo, podía haberle sustituido el desprendimiento, ni es cuestión para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos países.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino á cierto tiempo ; en un principio todos somos generosos aún, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía ; pero á cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa : entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. Entonces no hay nada menos divertido que una diversión ; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto así para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija á qué atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los más experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas á los demás, inútilmente hacia yo las anteriores reflexiones á un primo mío que quería entrar en el mundo hace tiempo, joven, vivaracho, inexperto, y por consiguiente alegre. Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, traía al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Pilades ;

toda amante le parecía una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el día que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Por qué no había de ser feliz mi primo unos días como lo hemos sido todos? Pero además hubiera sido imposible. Limitéme, pues, á tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando á los demás el de desengañarle de él.

Después de haber presidido al cúmulo de pequeñeces indispensables, al lado de las cuales nada es un corazón recto, una alma noble, ni aun una buena figura, es decir, después de haberse proporcionado unos cuantos fraques y cadenas, pantalones colán y mi-colán, reloj, sortijas y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presunción, un personal excelente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversación, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de á onza en el *écarté*, y todo el desprecio posible de las mujeres, hablando con los hombres, le granjearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introducción. « Es encantadora, me dijo, la sociedad. ¡Qué alegría! ¡Qué generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!! » Á los quince días conocía á todo Madrid: á los veinte no hacía caso ya de su antiguo consejero: alguna vez llegó á mis oídos que afeaba mi filosofía y mis descabelladas ideas, como las llamaba: « Preciso es que sea muy malo mi primo, decía, para pensar tan mal de los demás: «á lo cual solía yo responder para mí: « Preciso es que sean muy malos los demás, para haberme obligado á pensar tan mal de ellos.»

Cuatro años habían pasado desde la introducción de mi primo en la sociedad: habíale perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano; voy de cuando en cuando, para que no éntre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquellas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Había, sí, sabido mil aventuras tuyas de estas que, por una contradicción inexplicable, honran mientras sólo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega á saber alguien de oficio, pero nada más. Ocurrióme en esto noches pasadas ir á matar á una casa la polilla de mi relación; y á pocos pa-

sos encontréme con mi primo. Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le había visto ; no sé si me buscó él á mí, si le busqué yo á él ; sólo sé que á pocos minutos paseábamos el salón de bracero, y alimentando el siguiente diálogo :

—¿Tú en el mundo ? me dijo.

—Sí, de cuando en cuando vengo : cuando veo que se amortigua mi odio, cuando me siento inclinado á pensar bien, cuando empiezo á echarle de menos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero ¿tú no bailas ?

—Es ridículo : ¿quién va á bailar en un baile ?

—Sí por cierto... ¡si fuera en otra parte !... Pero observo desde que faltó á esta casa multitud de caras nuevas... que no conozco...

—Es decir, que faltas á todas las casas de Madrid... porque las caras son las mismas ; las casas son las diferentes ; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

—Así es, respondí, que faltó á todas. Quisiera por lo tanto que me instruyeses... ¿Quién es, por ejemplo, esa joven?... linda por cierto... Baila muy bien... parece muy amable...

—Es la baroncita viuda de ***. Es una señora que, á fuerza de ser hermosa y amable, á fuerza de gusto en el vestir, ha llegado á ser aborrecida de todas las demás mujeres. Como su trato es harto fácil, y no abriga más malicia que la que cabe en veintidós años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho á ser correspondidos ; y como al llegar á ella se estrellan desgraciadamente los más de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros por venganza le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella ; debe por consiguiente á su mérito y á su virtud el haber perdido la reputación. ¿Qué quieres ? ¡ esa es la sociedad !!!

—¿Y aquella de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se le acerca ? Parece que teme que la vean los piés según se baja el vestido á cada momento.

—Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos á todo galán. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en menos de un año : nadie las sabe sino yo : es casada ; pero como brilla poco su

lujo, como no es una hermosura de primer orden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasa por la mujer más virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias, y ésta la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía!!! Mira; apartémonos: quiero evitar el encuentro de ese que se dirige hacia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pié, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: también en el Prado se me suele agregar cuando no ha encontrado ningún amigo más íntimo. Esa es la sociedad.

—Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *écarté*. ¿Quién es aquél que juega á la derecha?

—¿Quién ha de ser? Un amigo mío íntimo, cuando yo jugaba. Ya se ve; ¡perdía con tan buena fe! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! éste viene á hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un joven con aire marcial y muy amistoso.—¿Cómo le tratan á usted?... le preguntó mi primo.

—Pícaramente; diez onzas he perdido. ¿Y á usted?

—Peor todavía; Adiós.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso.—Hombre, si no has jugado, le dije á mi primo, ¿cómo dices?...

—Amigo, ¿qué quieres? Conoci que me venía á preguntar si tenía suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulación: lo que no gana lo pide...

—Pero ¿y qué inconveniente había en prestarle? Tú que eres tan generoso...

—Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ese que nos ha hablado...

—¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separabais.

—Es verdad; y yo le quería; me lo encontré á mi entrada en el mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inexperto de mí! Pero de allí á poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinión, y nos hizo reñir; él no logró nada; pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

—¿ Es posible ?

—Esa es la sociedad : era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo más que amigos ; íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo : son los únicos que no venden : al revés, compran.

—¿ Y tampoco has tenido más amores ?

—¡ Oh ! eso sí : de eso he tardado más en desengañarme. Quise á una que me quería sin duda por vanidad, porque á poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo, y me dijo que no podía arrostrar el ridículo : luégo quise frenéticamente á una casada : esa sí, creí que me quería sólo por mí ; pero hubo hablillas, que promovió precisamente aquella fea que ves allí, que como no puede tener amores, se complace en desbaratar los agenos ; hubieron de llegar á oídos del marido, que empezó á darle mala vida : entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debía concluirse el amor ; su tranquilidad era lo primero. Es decir, que amaba más á su comodidad que á mí. Esa es la sociedad.

—¿ Y no has pensado nunca en casarte ?

—Muchas veces ; pero á fuerza de conocer maridos, también me he desengañado.

—Observo que no llegas á hablar á las mujeres.

—¿ Hablar á las mujeres en Madrid ? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas, como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles, como ni de política se entiende, no se puede uno dirigir ni sonreír tres veces á una mujer ; no se puede ir dos veces á su casa sin que digan : « Fulano hace el amor á mengana. » Esta expresión pasa á sospecha, y dicen con una frase, por cierto bien poco delicada : « ¿ Si estará metido con fulana ? » Al día siguiente esta sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luégo hay mujeres, que porque han tenido una desgracia ó una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasión de encontrar cómplices ó imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuración. Si hablas á una bonita, la pierdes ; si das conversación á una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra, en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin.

Al llegar aquí no pude menos de recordar á mi primo sus expresiones de hacía cuatro años: «Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡qué generosidad! ¡ya tengo amigos, ya tengo amante!!!»

Un apretón de manos me convenció de que me había entendido. «¿Qué quieres? me añadió de allí á un rato; nadie quiere creer sino en la experiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaría bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio nos pierde: á los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural, le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luégo á los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunión de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima á un tiempo! ¡pícaros, necios, inocentes!!! ¡Más dichoso aún, si hay excepciones, el que puede ser excepción!!!»

LAS CIRCUNSTANCIAS

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la excusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias que, dice, le han traído á menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos días, cuando recibí una carta, que por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* á mis lectores. Decía así la carta:

«Señor Fígaro.—Muy señor mío: Á usted, señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino á usted por sus escritos hombre

de esos que han vivido más de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos y una desgracia en el mundo que se asemeje á la desgracia mía. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso río.

»Mi padre era inglés y rico, señor Fígaro, pero hallábase aislado en el mundo: era naturalmente metido en sí, y sólo un amigo tenía: antojósele á este amigo entrometerse en una conspiración; confió á mi padre varios papeles importantes; descubrióse la conspiración y ambos tuvieron que huir. Vinose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiración que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Fígaro, á Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debía haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar más causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde pequeñito. Mi madre era mujer de rara penetración y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo, y en darme toda la educación que se podía dar entonces en España consumió el poco caudal que le dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar á que querían destinarme, estudié leyes en la universidad; pero puedo asegurar á usted que á pesar de eso hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, después de haber sido gran abogado, hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el consejo de Castilla me hubiera recogido al fin de mis días en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias, sin embargo, me lo impidieron. Había un Napoleón en el mundo, y fué preciso que éste quisiera ser emperador, y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

»Yo tenía sentimientos generosos; mis compañeros toma-

ron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgía más. ¿Qué remedio? Dejé como fray Gerundio los estudios y me metí á predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitán: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servía. Yo, señor Fígaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servía, pues, para casado, ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que gozando por sus relaciones de familia de algún favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasión en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las cortes de Cádiz, recogíendome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinación de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general según mis servicios, que á otros fajaron haciéndoselos muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras, envolviéronme en la común desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no quería ir; allí hice la vida de presidiario y de mal casado, que cualquiera de éstos dos dogales por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenía la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigían entonces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no había nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano: hice artículos contra aquel Gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados, que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fui á reunirme con los de la fe; dijéronme que las circunstancias no permitían admitir en las filas á un hombre que

había sido marido de la hija de un diputado de las cortes de Cádiz, y no me ahorcaron por mucho favor.

»No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde en calidad de liberal me colocaron en un depósito, con seis cuartos al día. Vino por fin la amnistía, señor Fíguro. ¡Eh! Gracias á una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento, mis luces son conocidas, soy útil... Pero ¡ay! señor Fíguro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos, las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara á hacerme visible para el poder, acaso lograría: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ugieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar!—Cien memoriales he dado, otras tantas espaldas he visto.—Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan, me dicen los unos.—Espere usted, me responden los otros: hay tantos pretendientes en estas circunstancias!—Pero, señor, replico yo, también es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

»Esta es, señor Fíguro, mi posición: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debía haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ageno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias.—De usted, señor Fíguro.—*Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias.*»

No puedo menos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio: si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar; estar bien emparentado; lucir más de lo que se tiene; mentir más de lo que se sabe; calumniar al que no

puede responder; abusar de la buena fe; escribir en favor, y no en contra del que manda; tener una opinión muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinión que se tenga sea siempre la que haya de vencer, vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres; mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos; cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes afuera, y eso de las cosas que puedan servir...

Pero, santo Dios, gritará un rígido moralista, ¡qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!!—Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni á variar el corazón humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó tomándolas como vienen sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son por consiguiente las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

LAS PALABRAS

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffón y Valmont de Bomare, me dijese qué animal, por animal

que sea, habla y escucha. He aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista: y he aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted á un león devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar, y apártese usted algún tanto; no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele á usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera á oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y vice-versa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón: á la simple vista huye el segundo del primero, y este es el orden, el único orden posible. Déseles el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demás, á quienes creen que importan; el león más fuerte subirá á un árbol y convencerá á la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrío, sino para obedecerle á él; y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormía tranquilamente las veinte y cuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano á quien sólo mataba para comer, matárale después por una cinta blanca ó encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra, y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad; el po-

bre al rico por miedo y por envidia: querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo ¡vive Dios!: estos se dejarán degollar porque los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquellos querrán mandar á uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna: allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario: el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree.—Dígale usted que tiene talento.—*¡Cier-to!* exclama en su interior.—Dígale usted que es el primer sér del universo.—*Seguro*, contesta.—Dígale usted que le quiere.—*Gracias*, responde de buena fe.—¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígame: *te llevo á la gloria*: irá.—¿Quiere usted mandarle? dígame usted sencillamente: *yo debo mandarte*.—*Es indudable*, contestará.

He aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. «El hambre, oh lobos, decidles, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre... —Mentira, gritarán los lobos... al redil, al redil, el hambre se quita con cordero...» «La hidra de la discordia, oh ciudadanos, dice por el contrario un periódico á los hombres, yace derribada con mano fuerte; el orden, de hoy más, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte: el iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún..., etc., etc. ¿Ha dicho usted *hidra*

de la discordia, justicia, procomún, horizonte, iris y legalidad? Vea en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones.—¡ Maravilloso dón de la palabra! ¡ Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusión: positivo, nada. ¡ Bienaventurados los que no hablan; porque ellos se entienden!

¿ ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS ?

HENOS aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos.—Por otra parte no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos días que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mío de colegio, me puso en la obligación de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observación sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el camino, que el hábito tenía cerrado á mi observación.

Necesitábamos hacer varias visitas: « ¡ Un carruaje ! » dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero: no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno

de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido, no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas después ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los días y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debían de sacar en los días de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendría. Que las ruedas habían rodado hasta entonces, no se podía dudar; que rodarían siempre y que no harían rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestión: que el caballo había vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviría dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podía menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no precedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierta ruido desapacible de los muelles y del eje le hacía sonar á hierro como si dentro llevara medio rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servía, y entre la vida del caballo y la suya no se podía atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellón: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habían nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, á él y tomé las riendas, después de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué á subir á la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar: ¿mas cuál fué mi admiración, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecía un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venía sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit*.

« Esto no es conmigo », exclamé ; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar, y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondía, que aquí es costumbre muy recibida : pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho : expúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí.—¿ Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho, y á esa jaca sobre todo ? me dijo echándome á la cara una interjección expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Después de semejante entrada nada quedaba que hablar.—Véale usted despacio, le contesté sin embargo.—Pues no hay otro, siguió diciendo ; y volviéndome la espalda : ¡ Á París por gangas ! añadió.—Diga usted, señor grosero, le repuse, ya en el colmo de la cólera, ¿ no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que también se han de aguantar sus malos modos ? ¿ Usted se pone aquí para servir, ó para mandar al público ? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él.—Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país.—Nadie es más que yo, don caballero ó don lechuga ; si no acomoda, dejarlo. ¡ Mire usted con lo que se viene el seor levosa ! Á ver, chico, saca un bombé nuevo ; ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno !—Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra : y llegaronse á oír cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeúntes ; y como el calesero hablaba en majo y respondía en desvergonzado, y fumaba y escupía por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razón al calesero, y le aplaudía y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir : en fin, sólo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se había reunido.

—¿ Entre qué gente estamos ? me dijo el extranjero asombrado. ¡ Qué modos tan raros se usan en este país ! — Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpación, y seguimos nuestro camino. El día había empezado mal, y yo soy supersticioso con estos días que empiezan mal : acaban peor.

Tenía mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso

acompañarle á una oficina de policía: ¡Aquí verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura! La puerta estaba abierta y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos:—¡Eh! ¡hombre! ¿adónde va usted? fuera.—Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno.—Vamos, adentro: ¿qué hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato para darnos á entender que ya podíamos entrar: entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debían contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda y á una indicación mía para que nos despachasen en atención á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios:—Tenga usted paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á usted.—Á ver, añadió dentro de un rato, venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró.—¿Y usted quién es?—Un amigo del señor.—¿Y el señor? algún francés de estos que vienen á sacarnos los cuartos.—Tenga usted la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla.—Ya le he dicho á usted que no sea insolente si no quiere usted ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veía dispuesto á hacer un disparate.—Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia.—¿Y qué nos han de hacer?—Mucho y malo.—Será injusto.—¡Buena cuenta!—Logré por fin contenerle.—Pues ahora no se le despacha á usted; vuelva usted mañana.—¿Volver?—Vuelva usted, y calle usted.—Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevía á mirar á la cara á mi amigo.—¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan... ¿Es algún príncipe?—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nación: como está empleado, se cree dispensado de tener crianza.—Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales según voy viendo.—¡Oh! no; es casualidad.—*C'est drole*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo quería hacerse un pantalón, y le llevé á casa de mi sastre. Esta era más negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas ó tres, más bien más que menos, cada vez que me ve; me llama simplemente por

mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente; mi sastre se reía; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes.—Era por la mañana, la fatiga y el calor nos habían dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes.—¡ Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡ Que si quieres!—¡ Bravo! dije para mí. ¿ No presumía yo que el día había empezado bien?—Pues traiga usted dos vasos pequeños de limón...—Vaya ¡ hombre! anímese usted; tómelos usted grandes, nos dijo entonces el mozo con singular franqueza, si tiene usted cara de sed.—Y usted tiene cara de morir de un silletazo, repuse yo ya incomodado; sirva usted con respeto, calle, y no se chancee con las personas que no conoce, y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de más allá, y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿ Entre qué gentes estamos? repetía yo con admiración.—¡ *C'est drole!* repetía el francés.—¿ Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto! ¿ Hay tal confusión de clases y personas? ¿ Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito día nos sucedieron? Recapítule el lector cuántos de éstos le suceden al día y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arriarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversación. Vaya usted á comer á una fonda, y cuente usted con el mozo que ha de servirle como pudiera usted contar con un comensal. Él le bordará á usted la comida con chanzas groseras; él le hará á usted pre-

guntas fraternales y amistosas... él... Vaya usted á una tienda á pedir algo:—¿Tiene usted tal cosa?—No, señor; aquí no hay.—¿Y sabe usted dónde la encontraría?—¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.—¿Se puede ver al señor de tal? dice usted en una oficina.—Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan *no*: ¿ha entrado usted? como si hubiera entrado un perro.—¿Va usted á ver un establecimiento público?—Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, que grosería.—Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos; ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de usted, hablan cuando habla usted, y hablan ellos... ¡Señor! ¡señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi francés había hecho todas estas observaciones, pero no había hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías; así que, al concluirse el día: Amigo, me dijo, yo he viajado mucho; ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; éste es el país adonde yo me vendría á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto á recibir...

—Alto ahí, señor observador de un día, dije á mi extranjero interrumpiéndole: adivino la idea de usted. Las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas: la observación general empero que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que sólo se podrían explicar entrando en pormenores que no son del momento: éste es desgraciadamente el país menos dispuesto á lo que usted cree, por más que le parezcan á usted todos unos. No confunda usted la debilidad de la senectud con la de la niñez; ambas son debilidad; las causas son no obstante diferentes: esa franqueza, esa aparente confusión y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es

el de una sociedad que empieza ; porque yo llamo empezar...
— ¡ Oh ! sí, sí entiendo. ¡ *C'est drole !* ¡ *C'est drole !* repetía mi francés.

— Ahí verá usted, repetía yo, ¿ entre qué gentes estamos ?

LA VIDA DE MADRID

MUCHAS cosas me admiran en este mundo : esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas ; sólo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para éstas no hay cosa que valga nada. Colocada la mía á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiración, y estoy tanto más distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un día de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditación, me paro á considerar el destino del mundo : cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde ; cuando veo nacer á todos para morir, y morir sólo por haber nacido ; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno ; cuando reflexiono que no se le ve el fin á este cuadro halagüeño, que según todas las probabilidades tampoco tuvo principio ; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte ; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Sér Supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa á la vez, y que todos que-

den descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro más que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida tan mala. Esto último bastaría á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento; porque sólo un Dios y un Dios Todopoderoso podía hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los países incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala más alta ó más baja, pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversación. Lord Wellington hablará de los whigs, el indio nómada hablará de las panteras; pero iguales penas le acarrearán á aquél el concluir con los primeros, que á éste el dar caza á las segundas. La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado artesón, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luégo la vida de Madrid, es preciso cerrar el entendimiento á toda reflexión para desearla.

El joven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo más doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame días pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay más que dos modos de pasear, ó solo ó acompañado. La conversación de los jóvenes más suele pecar de indiscreta que de reservada: así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacía yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: « Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los

demás lo que no creo. ¡Como sólo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oír.» Á lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid?—Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir... escribo... ayer escribí una esquila á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalón de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugada; días hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si á esas horas ha parecido ya algún periódico, me lo entra mi criado, después de haberlo hojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leído ya; todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edición del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdría decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Jerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el día? el capote de barragán; á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres; á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversación; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra adonde voy: esta es toda la conversación de Madrid.

¿Está el día regular? Á la calle de la Montera. Á ver á la Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, según. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el día? Á caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pié. Á comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las más fuera de ella.

¿Acabé de comer? Á Solito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edición de la conversación de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un país donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

—¿Qué se da en el teatro? dice uno.

—Aquí: 1.º sinfonía; 2.º pieza del célebre Scribe; 3.º sinfonía; 4.º pieza nueva del fecundo Scribe; 5.º sinfonía; 6.º baile nacional; 7.º la comedia nueva en dos actos, traducida también del ingenioso Scribe; 8.º sinfonía; 9.º...

—Basta, basta; ¡santo Dios!

—Pero, chico, ¿qué lees ahí? si ese es el *Diario* de ayer.

—Hombre, parece el de todos los días.

—Sí, aquí es *Guillermo* hoy.

—¿*Guillermo*? ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá?

—Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

—Á mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

—Sí, sí, respondo á mi compañero de paseo; á mí también me suele tocar el turno.

Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo al dueño. Luégo á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme; gran tualaeta. Á casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la vispera, y del lunes, y de... y las mismas de las visitas de la mañana, del Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

—¿Y qué hace usted en la sociedad?

—Nada; entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en la sala; vuelvo á salir al gabinete, vuelvo á entrar en el ecarté...

—¿Y luégo?

—Luégo á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Después de

leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie, y que á nadie retrato en ella, é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningún desafío, aunque necios conozco yo para todo, trasládola á la consideración de los que tienen apego á la vida.

EL ÁLBUM

El escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leído, debe de figurarse al menos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro oscuro, sin los cuales no habría cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educación, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en escalón, que sólo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reúne en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua común, y de lo que se llama, entre los hombres, patriotismo ó nacionalismo. Hay más puntos de contacto entre una reunión de *buen tono* de Madrid y otra de Londres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapiés, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres no desdeña mu-

chas veces salir de un brillante *rout*, ó del más elegante sarao, y previa la conveniente transformación de traje, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público, ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de escudriñar y bosquejar.

¡Qué de costumbres diversas establecidas en una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderían! El título de este artículo, sin ir más lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significación de nuestro título; esta explicación no es ciertamente para ellas, pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y si su civilización llevada al extremo, que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empezar para traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *álbum* no sea castellana es para nosotros, que ni somos ni queremos ser *puristas*, objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar de tal ó cual combinación de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena: desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite: cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que *estropeaba* la lengua de Garcilaso:

* Que si él habla lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.*

Pasando por alto este inconveniente, el *álbum* es un enorme libro, en cuya forma es esencial condición que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con un lujo asiá-

tico, y por dentro en blanco: su carpeta, que será más elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe de ser de la materia más rica que se encuentre, adornada con relieves del mayor gusto, y la cifra ó las armas del dueño, lo más caro, lo más inglés, eso es lo mejor: razón por lo cual sería muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Sólo el conocido y el hábil *Alegría* podría hacer una cosa que se aproximase á un *álbum* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener, es que se pueda decir de él: «Ya me han traído el *álbum* que encargué á Londres.» También se puede decir en lugar de Londres, París; pero es más vulgar, más trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Londres*: lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traído ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegría*.

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, esa especie de misal, tan rico y tan enorme, tan extranjero y tan raro? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la tarjeta, un mueble enteramente de uso de señora, y una elegante sin *álbum* sería ya en el día un cuerpo sin alma, un río sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *álbum*, claro está, no se lleva en la mano, pero se transporta en el coche; el *álbum* y el *coche* se necesitan mutuamente: lo uno no puede ir sin lo otro; es el agua con el chocolate; el *álbum* se envía además con el lacayo de una parte á otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarlo; el lacayo y el *álbum* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *álbum* que la bella envía al hombre distinguido para que éste estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor, un dibujo, si es músico, una composición, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distinción de suplicarle que incluya algo en su *álbum*, es muy natural pagarle

en la misma moneda; de aquí el que la mayor parte de los versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *álbum* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con él todas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazón en Madrid: hemos reparado que todas las dueñas de *álbum* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas: así consta á lo menos de todos esos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *álbum*, pues, viene á ser un *panteón* donde vienen á enterrarse en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad una porción de notabilidades; á pesar de que no todos los hombres de mérito de un *álbum* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distinción de exquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito de poner algo en el *álbum*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *álbum* viene á ser frecuentemente, más bien que un panteón, un cementerio, donde están enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos, con la única diferencia de que los segundos honran al *álbum*, y éste honra á los primeros.

Sabido el objeto del *álbum*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su origen: el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas por todas partes; en rigor las pirámides famosas, ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *álbum* de Egipto? Todo monumento es el *fac simile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *álbum* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *álbum* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sujeto que se ha puesto en ridículo en sociedad por haber estampado en las paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo

del letrero puesto por Chateaubriand: «Aquí estuvo también Pedro Fernández el día tantos de tal año.» Sin embargo, la acción es la misma, por parte del que la hace.

He aquí cómo motiva el origen de la moda del *álbum* un autor francés, que escribía, como nosotros, un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en París:

«El origen del *álbum* es noble, santo, majestuoso. San Bruno había fundado en el corazón de los Alpes la cuna de su orden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres días á todo viajero. En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruido de los torrentes, el silencio del monasterio, la religión grande y majestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado, y la eternidad siempre presente, debían de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedían en la augusta morada altos pensamientos y delicadas expresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *álbum* de la Gran Cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *álbums*.»

Esta afición, recién nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella; los franceses no la despreciaron, y todo hombre de alguna celebridad fué puesto á contribución: el valor por consiguiente de un *álbum* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David ó de Vernet, un trozo de Chateaubriand, ó de lord Byron, la firma de Napoleón, todo esto puede llegar á hacer de un *álbum* un mayorazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras, pero no las que han sabido apreciar menos el valor de un *álbum*: ni es de extrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil*, su presupuesto, ó por lo menos el de su amor propio. Y en rigor, qué es una bella sino un *álbum*, á cuyos piés todo el que pasa deposita su tributo de admiración? ¿Qué es su corazón muchas veces sino *álbum*? Perdónenos la atrevida comparación: ¡pero dichoso el que encuentra en esta especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el pri-

mero (no pende siempre de uno el madrugar) puede ser siquiera el último!

El *álbum* no se llama nunca *el álbum*, sino *mi álbum*; esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él más que la parte agradable: todos los inconvenientes están de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco*. ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *álbums* que vienen á parar á manos de uno! Luégo ¡hay tantas mujeres á quienes es más fácil profesar amor que decírselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que comparados después estos diversos depósitos no pueda picarse ningún amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean más que galanterías, á una hermosa de la cual sólo se conoce el *álbum*!

Si este es el mueble indispensable de una mujer de moda, también es la desesperación del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es más difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros, para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamaríamos siempre toda indulgencia, y no concluiremos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene más que un *álbum* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

LOS CALAVERAS

ARTÍCULO PRIMERO

Es cosa que daría qué hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepción figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designación del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno

de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepción picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* más perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso más que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el día por un excelente *calavera*: Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podía ser más que un *calavera*; en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se vería probada aquella verdad; y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarían una clave de muy verosímil y sencilla explicación en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relación puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para cosas pocas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehusó esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme á entender valiéndome para designarlos de

una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerían, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendría á ser inútil la descripción que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más ó menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algún día por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* á aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros hicieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo común de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su sér, y que las reúnen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su sér lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más: entiéndase esto bien; *talento natural*: es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de extensa instrucción, sería lastre demasiado pesado que se opondría á esa ligereza, que es una de sus más amables calidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprensión*. No se interprete esto tampoco en el mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprensión* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinión, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telón está siempre descorrido; quitensele los espectadores, y adiós teatro. Sabido es que con mucha aprensión no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprensión*, son las dos

cualidades distintas de la especie : sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás. Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educación ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversación va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condición *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quitame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empujeta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus *calaveradas* recaen sobre ella; se parece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí en qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladrón en su condición generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilización, y su cuna, su edad, su educación, su profesión, su dinero, le subdividen después en diversas castas. Las principales son las siguientes:

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo más diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer bolitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. Á pesar de eso, el día de examen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz

muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que había recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servía de blanco ó de pelota, se distinguía de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En carnaval era el que ponía las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacia pasar á otro por el culpable, ó sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del infeliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el germen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro había perdido unos anteojos, que se habían encontrado en su faltriquera: el rapé de otro había pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrían bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas había quedado un día enganchada en un sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbación de un problema que estaba por resolver. Aquel día no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro había volado: y como sus padres se convencieron de que no había forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el más pesado, el más incómodo: careciendo todavía de barba y de reputación, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atención; privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera qué hacer; contar todas sus acciones del día como si pudieran importarle á álguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenía una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete: no puede faltar. ¡Estas mujeres le hacen á uno hacer tantos disparates! Á media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; en-

tra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El billar es su elemento; los intervalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino. Á veces el *calavera lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras, mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar; es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que álguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampiño*. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temerón*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendría: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto nuestros lectores nos concederán algún ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad, si alguna tienen.

LOS CALAVERAS

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSIÓN

QUEDÁBAMOS al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temerón*. Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano: pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece: el uniforme es ya la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temerón*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temerón* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cerbatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detrás de dos ó tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

—Aquel viejo que viene allí: ¡ míralo qué serio viene!—Sí; al de la casaca verde, ¡ va bueno!—Dejad, dejad. ¡ Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no miréis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometido se pára, se quita el sombrero, lo examina.

—¡ Ahora! dice la turba. ¡ Pum! otra en la calva.—El viejo da un salto y echa una mano en la calva; mira á todas partes... nada.

— ¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algún pillastre... bien podía irse á divertirse...

— ¡Pobre señor! dice entonces el *calavera*, acercándosele; ¿le han dado á usted? es una desvergüenza... ¿pero le han hecho á usted mal...?

— No, señor, felizmente.

— ¿Quiere usted algo?

— Tantos gracias.

Después de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubría... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera-temerón* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco expuesto.

Á veces se dispara la cerbatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confín de la acera y fingiendo buscar el número de una casa, va venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeúnte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él y le da un pisotón; el otro entonces le dice: *perdone usted*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

Á los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos: — Pepe, exclama, ¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres! Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa: ¡Ah! usted perdona,

dice retirándose el *calavera*: creí que era usted un amigo mió... — No hay de qué. — Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla. — ¿Quién es? — Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendría usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esta sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole: — Retírese usted; la noche está muy fresca, y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta. — ¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcón medio desnudo. — Nada, contesta: soy yo, á quien no conoce, que no quería irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches. — ¡Bribón! ¡insolente! Si bajo... — Á ver cómo baja usted; baje usted: usted perdería más: figúrese usted dónde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cria á su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: estos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *négligé*: sus hazañas son más serias; éste es aquel que se reúne en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero, como ella, no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el día no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concorre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policía, y después de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover también su zizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se va para él, y le aplica un bofetón: de diez hom-

bres que reciban bofetón, los nueve se quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafío: la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: éste es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al día siguiente lo tendrá con otro que no le mire: éste es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: éste el que talla y apunta con furor; es jugador, griego nato, y gran billarista además. En una palabra, éste es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demás divierten; éste mata.

Dos líneas más allá de éste está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luégo; el *calavera-tramposo*, ó trapalón, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc., etc.: pero éstos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demás. No los reconocemos.

Sólo tres clases hemos conocido más detestables que ésta: la primera es común en el día, y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros muy respetables, no haremos más que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura*. Vuelvo á pedir perdón; pero ¿quién no conoce en el día algún sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustración empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre alrededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crimen más hediondos. Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrepito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra

un caracol entre las flores, llenándolas de baba ; un viejo sin orden, sin casa, sin método... el joven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas ; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus piés : sin embargo, éste es el único á quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*. La mujer con poca *aprensión*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto le hermosea, cesa de ser mujer para ser hombre ; es la confusión de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza ; ¿ qué deja para nosotros ? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Después del *calavera-temerón* hablaremos del *pseudo-calavera*. Éste es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera* : es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca*. *Rien n'est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilización, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introducción en ella, ha recibido una educación esmerada ; dibuja con primor y toca un instrumento : filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la más graciosa ó á la más sentimental : más de una mala cantatriz le es deudora de su boga : se ríe de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso : sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia : por el sonido se le encuentra : reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano : reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un

momento por la *tertulia* á asestar su doble anteojo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temerón*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pié: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres, sabe casi de memoria á Paul de Kock, ha leído á Walter Scott, á D'Arincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-Lebrun, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, solo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresión es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: ¡*Qué cabeza!* ¡*Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: ¡*Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas*, es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarían con otro, se contentan con decirle á él: ¡*No sea usted loco!* ¡*Qué calavera!* ¿*Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loca todavía.

Dichoso aquel á quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l'enfant gâté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos, mariposa ligera vuela de flor en flor. Tie-

ne algún amor sentimental y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulación, y por consiguiente no se adhiere á una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podría hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creería falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algún escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito contraído para con las demás. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres: por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera*. Digasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de éste es la edad misma; una posición social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que venguen en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces, con crecidos intereses las letras que él contra sus antecesores girara.

Sólo una observación general haremos antes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que estas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colón perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleón es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecía: la intentona de aquél y la insubordinación de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*. Por el contrario, en el día están sentados en gran libro como dos *grandes hombres, dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres: sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinión pública*.

MODOS DE VIVIR QUE NO DAN DE VIVIR

OFICIOS MENUDOS

CONSIDERANDO detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas ó carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás: los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles: los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar á los otros: los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa: los nacidos propietarios, que viven de heredar: los artistas únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.: y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*: los que los profesan son no obstante como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en Noviembre venden ruedos ó zapatillas de orillo, en Julio venden horchata: en verano son bañeros del Manzanares: en invierno cafeteros ambulantes: los que ven-

den agua en Agosto, vendían en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institución de san Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introducción á los demás, es decir el oficio de examen, y el más fácil: quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podría en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atención á lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos) se esparcían por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducían á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provisión: á la luz de la filosofía, debían tener cierto valor; cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero.

Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, según lo maltratado, la imagen de la justicia, y cuya profesión es dar *higos y pasas* por *hierro viejo*; el otro que siempre detrás de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina*: capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender después, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etc.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la traperera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada y aun más comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La traperera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante también á

la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atención á que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decía, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita: repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto dedo y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática que existe entre la voluntad de la traperera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La traperera por tanto con otra educación sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: he ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la traperera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditación, á la contemplación de la muerte, de que es viva imagen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la traperera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellaneda: allí como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A***: allí se codean Calderón y C***: allá van juntos Moratín y B***. La traperera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la traperera, en fin, es la realización, única posible, de la fusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio y La Estrella, La Revista y La Abeja*, las metáforas de

Martínez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven: nace vieja: estos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó á la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios á la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese sér, con todo, ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera por lo regular (antes por supuesto de serlo) ha sido joven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y este la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballere te fué de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí á algún tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trajes y costumbres, la recomendó eficazmente á una modista; nuestra heroína tuvo diez años felices de modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichu* en la cabeza, y el galán detrás, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente la alhajó un cuarto; poco después el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro; esta fué la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luego mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades, el

hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana :

[Ay infeliz de la que nace hermosa]

Llena por consiguiente de recuerdos de grandeza, la traperera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la traperera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al día y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distinción, alguna mirada de cuando en cuando... algún... nada. Pero ni una contestación de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y de trastrueques! La traperera es más feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo!!! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntación antigua de la ropa dada á la lavandera, todo de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linón hecha pedazos... ¡Una gola!!! Y acaso el borrador de algún billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazón te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la traperera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripción á la traperera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é íntimamente unida con las letras y la imprenta por el del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es indudablemente el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavación subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banqueta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje*; el cajón de las lesnas á un lado, su delantal de cuero, un calzón de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creería que quiere decir: «*aquí se estropean botas.*»

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazón tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente: la del segundo, en vista de esa primera protección, no quiere chocar con la señora condesa: los demás inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero á lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como una alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcón ó una puerta; pero se parece á la hiedra y á la mujer; abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho: es el ratón dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento, cuando sube tal ó cual caballero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinación del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga.

Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea por tanto su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el antejo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie se escapa. Para darle más extensión, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta*; es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reunen y hacen fondo común de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el día siguiente. Esto necesita explicación: los artesanos en general no se embriagan más que el domingo y el lunes, algún día entre semana, las Pascuas, los días de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los días: ésta es la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la mujer: es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa. Á la vuelta ya*

sabe quién debe sólo decir que ha estado, *ó habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolución, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galán no puede entrar en la casa, es preciso que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien, y por tanto no halla inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores, y los que persiguen á su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazón tan firme para no aficionarse sino á los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de en frente, adonde ha ido un momento á echar un trago: semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero éste regularmente es un ladrón encubierto que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparación con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aún una historia particular, que la haríamos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más, la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza: la mercadera de *torrados* de la Ronda: el de los *tirantes y navajas*; el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina: los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis ó siete: el infinito *corbatines y almohadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo; siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera; el

barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda : esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar á empeñar y desempeñar : esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando días y enhorabuena á gentes que no conocen : esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales : todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios ? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo... pero no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto á costumbres y menudos oficios acaso son los más picantes los que es forzoso callar : los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran ; pero en España ningún *oficio reconozco más á menudo*, y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir*, que el de escribir para el público, y hacer versos para la gloria : más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo á usted le componen cien personas, y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

LA DILIGENCIA

CUANDO nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos más que enunciar una idea relativa : generalizada la proposición de esa suerte, es evidentemente falsa ; reducida á sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciéndonos al objeto de este artículo, recordaremos á nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar ;

hijas de la época, escuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la más importante la facilitación de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un medio de transportar paquetes y personas de un pueblo á otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro á todas partes, se han sonreído imbécilmente al ver mudar de sitio á sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo á los paquetes y viajan también en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados-Unidos. La navegación la trajo á Europa; las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido á los hombres de todos los países: verdad es que ese lazo de los liberales lo es también de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea; sólo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría á usted hacer un viaje, empresa que se acometía entonces sólo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de transporte. Estos se dividían entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no había diferencia ninguna: no se concebía cómo podía un hombre apartarse de un punto en un solo día más de seis ó siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocación de las ventas: esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien teme se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban sólo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban á tomar posesión de su destino, los corregidores que mudaban de vara: los carromatos y las acémilas estaban reservadas á las mujeres de militares, á los estudiantes, á los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres á los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cuál sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, á fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir á París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad.

dad: y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: «¡Qué grande es el mundo!» Al llegar á París después de dos meses de medir la tierra con los piés, hubiera podido exclamar con más razón: «¡Qué corto es el año!»

Á su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban á su alrededor para cerciorarse de si había efectivamente París, de si se iba y se venía, de si era, en fin, aquel mismo el que había ido, y no su ánima que volviera sola! Se miraba con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible. ¡Ha ido á París! ¡ha vuelto de París!!! ¡Jesús!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el día se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigración, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra: el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre á pié firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera ó dentro de la concha. Á propósito, ¿la tiene ahora dentro ó fuera?

Volviendo empero á nuestras diligencias, no entraré en la explicación minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos días en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de común con su majestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respecto á los *billares*; pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haría gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese á despedir á un amigo, ora fuese á recibirle,

ora en fin con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias: yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger. Á la entrada le llama á usted ya la atención un pequeño aviso que advierte pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen á despedir ó recibir á los viajeros: es decir, que allí sólo puede entrar todo el mundo. Al lado, numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios: aconsejaremos sin embargo á cualquiera que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba á entrar años pasados en el Botánico con chaqueta y palo, y á quien un dependiente decía:—No se puede pasar en ese traje: ¿no ve el cartel puesto de ayer?—Sí, señor, contestó el palurdo, pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luégo: verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón. «¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá!!!» Esto siempre satisface: verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea después, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quién dé razón; pero en ese caso puede volver á otra hora, ó no volver si no quiere.

El patio comienza á llenarse de viajeros y de sus familias y amigos: los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio: como muy enterados de la hora, están ya como en su casa: los que vienen á despedirles, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando: «¿Ha marchado ya la diligencia? Ah, no; aquí está todavía.» Los primeros tienen capa ó capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego ó gorra, si son hombres; si son mujeres, gorro ó papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué me sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, á la ligera.

Á la derecha del patio se divisa una pequeña habitación: agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población: media hora falta sólo: una niña, ¡qué joven, qué interesante! apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: á su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pié, su trémula mano... «Vamos, niña, dice la madre, robusta é impávida matrona, á quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última, ¿á qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.»

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje; en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce á fondo todas las ventajas de la presión de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor, sobre todo, hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse á la persona á quien nunca se ha visto, á quien nunca se volverá acaso á ver, que no le conoce á uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajón dos, tres días con sus noches? Luégo parece que la sociedad no está allí: una diligencia viene á ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no sería precisamente donde tendríamos que sufrir más desaires de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¡qué multitud de ocasiones de prestarse mutuos servicios! ¡cuántas veces al día se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche ó en la posada! ¡cuántas veces hay que dar la mano para bajar ó subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazón más dispuesto á recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡la naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto : pero sabe también que toda regla tiene excepciones, y que la edad de quince años es la edad de las excepciones ; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva.— Pobre niña, dice entre dientes : lo que es la poca edad : si pensará que no se aprecian las caras bonitas más que en Madrid : el tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos países.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años : el militar fija el lente : ella es la que parte ; hay lágrimas, sí, pero ¿cuándo no lloran las mujeres ? las lágrimas por sí solas no quieren decir nada ; luego hay cierta diferencia entre éstas y las de la niña ; una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñir enteramente, pero poco menos : hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah! es su marido.—Se puede querer mucho á su marido, dice el militar para sí, y hacer un viaje divertido.

—¡ Voto va ! ya ha marchado, entra gritando un original cuyos bolsillos vienen llenos de salchichón para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender... ¡Ah! ¡ahl! este es un verdadero viajero : su mujer le acosa á preguntas :—¿Se ha olvidado el pastel?—No ; aquí le traigo.—¿Tabaco?—No, aquí está.—¿El gorro?—En este bolsillo.—¿El pasaporte?—En este otro.

Su exclamación al entrar no carece de fundamento ; faltan sólo minutos, y no se divisa disposición alguna de viaje. La calma de los mayores y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros ; pero es de advertir que éstos al ponerse en camino alteran el orden de su vida para hacer una cosa extraordinaria ; el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los días.

Por fin, se adelanta la diligencia, se aplica la escalera á sus costados, y la vaca recibe en su seno los paquetes : en menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente á colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor á las repetidas solicitudes de los viajeros.—Á ver, esa maleta ; que vaya donde se pueda sacar.—Que no se moje ese baúl.—Encima ese saco de noche.—Cuidado con la sombrerera.—Ese paquete, que es cosa delicada. Todo lo oye,

lo toma, lo encajona, á nadie responde; es un tirano en sus dominios.—La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? Al coche, al coche.

El patio de las diligencias es á un cementerio lo que el sueño á la muerte, no hay más diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch' intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

—Vamos, señores, repite el conductor: y todo el mundo se coloca. La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va á tomar las aguas: la bella casada entre una actriz que va á las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de cartón con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese el aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: «¿Tendremos ladrones?» y un fraile corpulento que con arreglo á su voto de humildad y de penitencia, va á viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones: una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo á la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del succulento viajero una caja de un loro, é hinca el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura, las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida.—Adiós—hasta la vuelta—tantas cosas á Pepe:—envíame el papel que se ha olvidado—que escribas en llegando.— Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle á una casa que se desprendiese

de las demás con todos sus trastos é inquilinos á buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

UNA PRIMERA REPRESENTACIÓN

EN los tiempos de Iriarte y de Moratín, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería á librería, de corral á corral, las burlas y los epigramas, la primera representación de una comedia (entonces todas eran comedias ó tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, á cuyos oídos no habían llegado aún, ó de cuya memoria se habían borrado ya las encontradas voces de *tiranía* y *libertad*, hacía entonces la vista gorda sobre el Gobierno. Su majestad cazaba en los bosques del Pardo, ó reventaba mulas en la trabajosa cuesta de la Granja; en la corte se intrigaba, poco más ó menos como ahora, si bien con un tanto más de hipocresía; los ministros colocaban á sus parientes y á los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba á la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha; y el honrado, el heroico pueblo iba á los toros á llamar *bribón* á boca llena á Pepe-hillo y Pedro Romero cuando el toro no se quería dejar matar á la primera. Entonces no había más guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos* y *polacos*. No se sospechaba siquiera que podía haber más derecho que el de tirar varias cáscaras de melón á un *morcillero*, y el de acompañar la silla de manos de la Rita Luna, de vuelta á su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisición había sin embargo más libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabía por dónde podía venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey y á Dios, respeto que consistía más bien en no acordarse de ambas majestades, que en otra cosa, podía usted vivir seguro sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted quería es-

cribir, imprimía y vendía cuánto á las mientes se le viniese, y ahí están si no las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratín, las poesías de Quintana, que escritas en nuestros días no podrían probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces ni había espías, ni menos policía: no le ahorcaban á usted hoy por liberal y mañana por carlista, ni al día siguiente por ambas cosas: tampoco había esta comezón que nos consume de ilustración y prosperidad: el que tenía un sueldo se tenía por bastante ilustrado, y el que se divertía alegremente se creía todo lo próspero posible. Y esto pesado en la balanza de las compensaciones es algo sin duda.

Había otra ventaja, á saber: que si no quería usted cavar la tierra, ni servir al rey en las armas, cosas ambas un si es no es incómodas; si no quería usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes ó de medicina; si no tenía usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza, ni hermana bonita, ni mujer amable, ni madre que lo hubiese sido; si no podía usted ser paje de bolsa de algún ministro ó consejero, decía usted que tenía una estupenda vocación; vistiendo el tosco sayal tenía usted su vida asegurada, y dejando los estudios, como fray Gerundio, se metía usted á predicador. El oficio en el día parece también haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿quién no es hijo de alguién en el mundo? ¿Quién no ha tenido padres que se lo cuenten?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas, y el ilustrado público, menos descontentadizo, era á la par más indulgente. Lo que por aquellos tiempos podía ser una *primera representación*, lo ignoramos completamente; y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres, sino las nuestras, no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el día una primera representación es una cosa importantísima para el autor de... ¿de qué diremos? Es tal la confusión de los títulos y de las obras, que no sabemos cómo generalizar la proposición. En primer lugar hay lo que se llama *comedia antigua*, bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores á Comella; de capa

y espada, de intriga, de gracioso, de figurón, etc., etc., hay en segundo el drama, dicho melodrama, que fecha de nuestro interregno literario, traducción de la *Porte Saint-Martin* como *el Valle del Torrente*, *el Mudo de Arpenas*, etc., etc.: hay el drama sentimental y terrorífico, hermano mayor del anterior, igualmente traducción, como *la Huérfana de Bruselas*; hay después la comedia dicha clásica de Molière y Moratín, con su versito asonantado ó su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traducción, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real; hay la piececita de costumbres, sin costumbres, traducción de Scribe; insulsa á veces, graciosa á ratos, ingeniosa por aquí y por allí; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, ó prosa poética, con sus trajes de la época y sus decoraciones *ad hoc*, y al uso de todos los tiempos: hay, por fin, si no me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oída, cometa que aparece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero; descubrimiento escondido á todos los siglos y reservado sólo á los Colones del siglo xix. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

He aquí que el autor ha dado la última mano ó lo que sea: ya lo ha cercenado la censura decentemente: ya la empresa se ha convencido de que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representación, y en todos los periódicos se lee, entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

«Se nos ha asegurado ó sabemos (el *sabemos* no se aventura todos los días) que se va á poner en escena un drama nuevo en el teatro de.... (por lo regular del Príncipe.) Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodríguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerlo en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento: y tenemos *fundados motivos* (la amis-

tad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni menos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá á las esperanzas, y que por fin el teatro español, etc., etc.,» y así sucesivamente.

Luego que el público ha leído esto, es preciso ir al café del Príncipe: allí se da razón de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de por qué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oído; el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

¿Ha visto usted eso del drama que trae *La Revista*?—¿Qué drama es ese?—No sé.—Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo...—¡Ah! sí. ¡Hombre, debe ser bueno!—Preciso.—¿Cómo se titula?—¡FULANO!—¿Á secas?—No sé si tiene otro título.—Es regular.—¿Cuántos actos?—Cinco creo.—No son actos, dice otro.—¿Cómo? ¿no son actos?—Sí, son actos, pero... yo no sé.—¡Ah! sí.—¿Y muere mucha gente?—¡Por fuerza! dicen que es bueno.

¡Gustará! dicen en otro corrillo.—Hombre, eso como este público es así... yo no me atrevería... pero mi opinión es que ó debe alborotar ó le tiran los bancos.—¡Hola!—No hay medio. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué escenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro.—¡Oiga!—Pero el hijo está enamorado... Deje usted: yo no me acuerdo si es el hijo ó el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luégo se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luégo viene el otro, y el hijo ó la madre matan al padre ó al hijo.—¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto.—¡Yo lo creo! Y hay una tempestad y una decoración oscura, tétrica, romántica... en fin, con decirle á usted que la dama, ayer en el ensayo no podía seguir hablando.—¡Ui!!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo:—Es bonita, dicen, sólo que es pesada; pero á mí me hizo reir mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay acción; no sucede nada.

El autor entre tanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: sólo se teme que el galán, que ha creído que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza; y el

segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma de hacérselo entender. Por otra parte, una dama está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene más años de los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles están en malas manos, porque como aquí no hay actores...

Esto, sin embargo, los ensayos siguen su curso natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes.—Un poco más de energía, se atreve á decir el autor, en ademán de pedir perdón.—No tenga usted cuidado, le responden; á la noche verá usted.—Con esto apenas se atreve á hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que á veces el autor suele entender de representar menos todavía que el actor.

—¿Qué saco yo en la cabeza?—le pregunta una joven. ¿Diamante?—No es necesario.—Como soy...—No importa, se va usted á acostar cuando sucede el lance.—Es verdad.

—¿Y yo, ¿qué saco en las piernas?—La época, el calzón ajustado, pié y brazo acuchillados.—Es que no tengo.—Sí tienes, dice un compañero, el calzón que te sirvió para Dido.—Ya; pero eso debe ser otra época.—No importa: le pones cuatro lazos, y es eso.

—Yo saco peluca rubia, dice el gracioso.—¿Por qué rubia?—No tengo más que rubias: todas las hacen rubias.—Bien; así como así la escena es en Francia.—¡Ah! ¡entonces!... los franceses son rubios.—¿Y calva, por supuesto?—No, hombre, no; si no tiene usted más que cincuenta años.—Es que todas mis pelucas tienen calva.—Entonces saque usted lo que usted quiera.

—Yo necesito un retrato, ¿qué saco? dice otro.—No, un medallón: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las decoraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas: la del pabellón de la *Expiación*, en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada; un gabinete de la Edad media; la de tal otra comedia en abriéndole dos puertas laterales, y en cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitarse ó no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den

dos reales más; ¿se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía, se conviene en que los cuatro que han de salir delante se afeiten; los que están en segundo término, ó confundidos en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpentón ó dar porrazos á un pergamino á la vista del público; cuando van por la calle ó de casa en casa, entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced á los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay qué hacer, y que como la función es larga, no admite intermedio ni sainete; merced á estas inocentes estratagemas, se acaban los billetes al momento, y á la tarde están á dos, tres duros las lunetas. El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan, asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho previamente en casa de éste ó de aquél. Todo lo contrario: se han extasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel día distraído; no responde en concierto á cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo más expresivos posibles, á cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar á los muchos que llegan y dicen embromándole sin temor de Dios: «Con que hoy es la silba? voy á comprar un pito.»

¡Las seis! es preciso asistir al vestuario.—¿Qué tal estoy? —Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted más negro en esa mejilla; otra raya: es usted más viejo. Usted sí que está perfectamente, señora; y cierto que daría los mejores trozos de mi comedia por ser el galán de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frío el segundo galán.—¡Ah! no: ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse.—¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide á usted aquel grito en aquel verso.—No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro.—Sí, un chillido sentido; como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡Á mí me estremeció usted, y soy el autor!...»

—¡La orden! ¡La orden!—gritan á esta sazón.

—¿Cómo la orden?—exclama el autor asustado. ¿La han prohibido?—No, señor, es la orden para empezar, habrá venido su alteza.

Suena una campanilla. ¡Fuera, fuera! y salen precipitadamente de la escena aquella multitud de piés que se ven debajo del telón.

¡Cuidado con los arrojés, señor autor! dice un segundo apunte cogiéndole de un brazo.—¿Qué es eso?—Nada; los arrojés son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telón, bajando ellos colgados de una cuerda. Se oye un estruendo espantoso: se ha descornado la cortina, y el ingenio se refugia á un rincón de un palco segundo, detrás de su familia, ó de sus amigos, á quienes mortifica durante la representación con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperación cuando se pierde un actor.—Si lo dije, si no sabe el papel.—¿Silban?—¿Qué murmullo es ese? Bien, bien: este aplauso ha venido muy bien ahí: esto va bien; ese trozo tenía que hacer efecto por fuerza.—¡Bárbaros! ¿Por qué silban? Si no se puede escribir en este país: luégo la están haciendo de una manera... Yo también la silbaría.

En el auditorio son otras las expresiones fugitivas.—¡Vayal! Ya tenemos el telón bajando y subiendo.—¡Bravo! se han dejado una silla.—Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le ve?—¡Hombre! ¡en esa sala han nacido árboles!—¿Lo mató? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Si morirá el apuntador.—Pues, señor, hasta ahora no es gran cosa.—Lo que tiene es buenos versos.

Entre tanto la condesita de *** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido; los *fashionables* suben y bajan á los palcos: no se oye: el teatro es un infierno: luégo parece que el público se ha constipado adrede aquel día. ¡Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la maretta sorda empieza á manifestarse cada vez más pronunciada: á la última puñalada el público no puede más, y prorrumpe por todas partes en ruidosas carcajadas: los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestión, sin duda no es la llave con que encerraba Lope de Vega los preceptos; y cae el telón entre la majestuosa algazara y con toda la pompa de la ignominia.

No sé qué propensión tiene la humanidad á alegrarse del

mal ageno; pero he observado que el público sale más alegre y decidior, más risueño y locuaz de una representación silbada: el autor entre tanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado: no están todavía los españoles, dice, para esta clase de comedias: se agarra otro poco á las intrigas, otro poco á la mala representación, y de esta suerte ya puede presentarse al día siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él, y en su ausencia se les oye decir:—Yo lo dije; esa comedia no podía gustar; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone el cascabel al gato?—Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto: aquello es demasiado largo; pero se empeñó en dejarlo.

He observado sin embargo que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad; si la comedia gusta, ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composición, y entonces pasan por imparciales y rectos: si la comedia es silbada, ellos son los que la disculpan y lo elogian; saben que sus elogios no la han de levantar, y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen:—Es cosa buena, ¿cómo se había de negar? No tiene más sino aquello, y lo otro, y lo de más allá... ya se ve; las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen:—Señor, no es mala; pero no es para todo el mundo: hay cosas demasiado profundas: tiene bellezas: sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente más divertida es la de oír, acercándose á los corrillos, los votos particulares de cada cual: éste la juzga mala porque dura tres horas; aquél porque mueren muchos; el otro porque hay gente de iglesia en ella; el de más allá porque se muda de decoraciones: esotro porque infringe las reglas: los contrarios dicen que sólo por estas circunstancias es buena. ¡Qué Babilonia, santo Dios! ¡Qué confusión!

Al día siguiente los periódicos... Pero ¿quién es el autor? ¿Es un principiante, un desconocido? ¡Qué nube! ¿Es algo más? ¡Qué reticencias! ¡Qué medias palabras! ¡Qué exacto justo medio!

¡Después de todo eso, haga usted comedias!!!

EL DUELO

Muy incrédulo sería preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la más extremada civilización: el hombre ha dado ya con la verdad, y la razón más severa preside á todas las acciones y costumbres de la generación del año 1835.

Dejaremos á un lado, por no ser hoy de nuestro asunto, la perfección á que se ha llegado en punto á religión y á política, dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir, y á que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen. En el primero no tenemos preocupación ninguna, no abrigamos el más mínimo error; y cuando decimos con orgullo que el hombre es el sér más perfecto, la hechura más acabada de la creación, sólo añadimos á las verdades reconocidas otra verdad más innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política, dígalo la estabilidad que alcanzamos, la fijación de nuestras ideas y principios: no sólo sabemos ya cuál es el buen Gobierno, el único bueno, el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada, sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes, y es tal nuestra ilustración, que una vez reconocida la verdad y el interés político de la sociedad, toda guerra civil, toda discordia viene á ser imposible entre nosotros; así es que no las hay. Que hubiese guerra en los tiempos bárbaros y de atraso, en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios á quien había de adorar, ó el rey á quien había de servir... nada más natural. Ignorantes entonces los más, y poco ilustrados, no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuese presa de multitud de ambiciosos, cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora, en el siglo de la ilustración, es cosa bien difícil que haya una guerra en el mundo. Así es que no las hay.

Y si las hubiera sería en defensa de derechos positivos, de intereses materiales, no de un apellido, no del nombre de un idolo. La prueba de esto mismo es bien fácil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos: sobre todo, si alguno de los partidos contendientes pudiese ir á ciegas en la lid, é ignorar lo que defiende, no sería ciertamente el partido más ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido, por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, y en que ya no es fácil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas en que está más fijada la pública opinión, es el honor, quisicosa que, *en el sentido que en el día le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este honor de la Edad media y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando á tal grado, á la par de la civilización, que en el día no hay una sola persona que no tenga su honor á su manera: todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusión y de barbarie, el que faltando á otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias ó su atrevimiento, se infamaba á sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonorado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja ó mal intencionada le falta á usted, usted es el infamado. ¿Le dan á usted un bofetón? Todo el mundo le desprecia á usted, no al que le dió. ¿Le faltan á usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le roban á usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonorado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó á pié, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos de la ilustración!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenón injuria á Aquiles, y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide satisfacción: Alcibíades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, según una expresión de nuestra moderna civilización, queda como un co-barde.

El duelo, en medio de la duración del mundo, es una in-

vención de ayer: cerca de seis mil años se ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un medio de enmendar el daño que le ha hecho, y este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hacia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa nueva, á erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar el combate. El muerto, el caído era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga la vida, y se convino en que los *juicios de Dios* (así se había llamado á los desafíos jurídicos, merced al empeño de mezclar constantemente á Dios en nuestras pequeñeces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo, y dijeron á los pueblos: « No más juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgaremos. »

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: « No os batiréis », los hombres dijeron: « No os obedeceremos »; y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigurosa prohibición han sido las más señaladas por el abuso del desafío. Cuando los delitos llegan á ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir á un hombre: « No te harás matar, pena de muerte », es provocarle á que se ría del legislador cara á cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos países contra el suicidio; sabía ley que determina que se quite la vida á todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podría hacer á propósito de esto la observación general de que sólo se han obedecido en todos tiempos las leyes que han mandado hacer á los hombres su gusto; las demás se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas, no se ha hecho más que lo que haría un jardinero que tirase

la fruta queriendo acabarla; el árbol en pié todos los años volvería á darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto; mientras la opinión pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinión pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradicción social. Mientras todo el mundo se ría del que se deje injuriar impunemente, ó del que acuda á un tribunal para decir: « Me han injuriado » será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posición ridícula en sociedad. Para todo corazón bien puesto la duda no puede ser de larga duración: y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia á pena capital al desafiado indistintamente ó al agresor, deja acaso la pluma para tomar la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupación más ó menos visible ó sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho á quitar la vida á otro, por dos razones: primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya: segunda, porque él no da nada en cambio.

Los duelos han tenido sus épocas y sus fases enteramente distintas: en un principio se batían los duelistas á muerte, á todas armas, y tras ellos sus segundos: cada injuria producía entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo á primera sangre; el primero le comprendo sin disculparle; el segundo ni le comprendo ni le disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor; los padrinos ó testigos han sucedido á los segundos, y su incumbencia en el día se reduce á impedir que su mala fe abuse del valor ó del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, é inútil si hay igualdad.

La libertad, empero, sino es la licencia de mi imaginación, me ha llevado más lejos de lo que yo pretendía ir: al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ella y amamantado con sus mismas preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinión pública repugna, ni menos de parte de una costumbre que la razón reprueba. Confieso que pensaré siempre en

este particular como Rousseau, y los más rígidos moralistas y legisladores, y obraré como el primer calavera de Madrid. ¡Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no há muchos meses fui testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, más que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relación *ab ovo*.

Mi amigo Carlos, hijo del marqués de ***, era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él, al revés que en el mundo, la menos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habían empleado en su educación cuánto esmero es imaginable, Carlos se presentó en el mundo con talento, con instrucción, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura á propósito para hacer la de muchas mujeres, y con un carácter destinado á constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero desgraciadamente la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser sólo que los primeros dicen necesidades y los segundos las hacen: mi amigo entró en sociedad, y á poco tiempo hubo de enamorarse; los hombres de imaginación necesitan mujeres muy picantes ó muy sensibles, y esta especie de mujeres deben de ser mejores para ajenas que para propias. La joven Adela era sin duda alguna de las picantes: hermosa á sabiendas suyas, y con una conciencia de su belleza acaso harto pronunciada, sus padres habían tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se había formado á Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destrucción: en punto á la coquetería era una obra acabada, y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podía fingir admirablemente todo ese sentimentalismo, sin el cual no se alcanza en el día una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba á usted con ojos de víctima espirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfide desmayada: hablaba con el acento del candor y de la conmoción; y de cuando en cuando un destello de talento ó de gracia venía á iluminar su tétrica conversación, como un relámpago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar á Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decía mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa: era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulación; de suerte que lo que sin razón de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó á ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios los exige completos, y el de Carlos lo fué; la víctima debía ir adornada al altar. Negocio hecho: de allí á poco Carlos y Adela eran uno.

He oído decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familia: también suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinión que la mujer que empieza mal, acaba peor. Adela fué un ejemplo de esta verdad: medio año hacía que se había unido con santos vínculos á Carlos; la moda exigía cierta separación, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reído el mundo de un marido atento á su mujer? Adela por otra parte estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodón si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si le repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los días, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un joven del mejor tono fué más asiduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo: el joven era orgulloso, y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parece despreciar á Adela; con mujeres coquetas y acostumbradas á vencer, rara vez se deja de llegar á la meta por ese camino. ¡Adela no quería faltar á su virtud... pero Eduardo era tan orgulloso!!! Era preciso humillarlo: esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Cómo se acaba no lo diré; pero así acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega á una edad avanzada diariamente con la venda de himeneo sobre los ojos, él solo entreviese primero su destino, y lo supiese después positivamente. La cosa desgraciadamente fué escandalosa, y el mundo exigía una satisfacción. Carlos hubo de dársela. Eduardo fué retado, y llamado yo como padrino no pude menos de asistir á la satisfacción.

Á las cinco de la mañana estábamos los contendientes y los

padrinos en la puerta de..., de donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquellas que debían acabar con su almuerzo. Una mujer había faltado y el *honor* exigía en reparación la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dió la señal, y los dos tiros salieron á un tiempo : de allí á poco había espirado un hombre útil á la sociedad. Carlos había caído, pero habían quedado en pié su *mujer* y su *honor*.

Un año hizo ayer de la muerte de Carlos : su familia, sus amigos le lloran todavía.

¡ He aquí el mundo ! ¡ he aquí el honor ! ¡ he aquí el duelo !

EN EL DÍA DE DIFUNTOS DE 1836

FÍGARO EN EL CEMENTERIO

Beati qui moriuntur in Domino.

EN atención á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribía) que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte; cuestión en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy día de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto..., como dice alguien en *El Califa*. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un día

de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan; sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice: *fiate en la Virgen y no corras* (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero, cuyo tío indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado sólo liberal, un general constitucional que persigue á Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Día de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas

han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo: ellas también van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión... ¡fueral exclamé, ¡fueral como si estuviera viendo representar á un actor español, ¡fuera! como si oyese hablar á un orador en las Cortes, y arrojéme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gómez.

Dirigianse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio!! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían á la mansión que presumen de los muertos, yo comencé á pasear, con toda la devoción y recogimiento de que soy capaz, las calles del grande osario.

—Necios, decía á los transeúntes, ¿os movéis para ver muertos? ¿no tenéis espejos por ventura? ¿ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo.

Hablan en voz bien alta, y que ningún jurado se atrevería á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? ¡Palacio! Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demás tumbas; por otro mira á Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo:

Y ni los v..., ni los diablos veo.

En el frontispicio decía: «*Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.*» En el basamento se veían cetro y corona, y demás ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*, figura colosal, de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

¿Y este mausoleo á la izquierda? *La armería*. Leamos.

Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos.
R. I. P.

Dos ministerios. Aquí yace media España: murió de la otra media.

Doña María de Aragón. Aquí yacen los tres años.

Y podía haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pié decía:

El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar.

Y otra añadía, más moderna sin duda: *Y resucitó al tercero día.*

Más allá: ¡santo Dios! *Aquí yace la inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo anduve buscando alguna nota de resurrección: ó todavía no la habían puesto, ó no se debía de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes había escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecía sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: *Gobernación.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes!

Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? ¡*La cárcel! Aquí reposa la libertad del pensamiento.* ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente:

Aquí el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. ¡Aquí yace la subordinación militar!

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponía el dedo en la boca; en la otra mano una especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras.

La bolsa. Aquí yace el crédito español. Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¿es posible que se haya erigido este edificio sólo para enterrar en él una cosa tan pequeña?

La Imprenta Nacional. Al revés que la puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Única tumba de nuestro país, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrado que el más ciego podía leer, decía solo: ¡*Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenación de conventos!*

¡Mis carnes se estremecieron! ¡Lo que va de ayer á hoy! ¿Irá otro tanto de hoy á mañana?

Los teatros. Aquí reposan los ingenios españoles. Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción.

El Salón de Cortes. Fué casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto.
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: este debió de ser raquítico, según lo poco que vivió.

El Estamento de Próceres. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisora, inexplicable? Los próceres y su sepulcro, en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón.

Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removía como un moribundo que tantea la ropa: entonces no ví más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía á cubrirle como una ancha tumba.

No había *aquí yace* todavía; el escultor no quería mentir; pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, exclamé, la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitución! ¡Tres veces! ¡Opinión nacional! ¡Emigración! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecían repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del día de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no há mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡*Aquí yace la esperanza!*!

¡Silencio, silencio!!!

LOS BARATEROS

ó

EL DESAFÍO Y LA PENA DE MUERTE

Debiendo sufrir en este día... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumáñes, por la muerte violenta dada el 7 de Marzo último á Gregorio Cané...

Diario de Madrid del 15 de Abril 1836.

LA sociedad se ve forzada á defenderse, ni más ni menos que el individuo, cuando se ve acometida: en esta verdad se funda la definición del delito y del crimen; en ella también el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una acción el delito ó el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar: no se propone otro fin destruir al criminal, sino el crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones: su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena verificar su agresión, convencerse á sí misma, y convencerle á él. Para esto comienza por atentár á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detención previa es una contribución corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligación de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque pasados éstos comienza la detención á ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenación; en el intervalo que transcurre desde la acusación ó sospecha hasta la aseveración del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta

contribución corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privación que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinión del detenido.

De aquí la sagrada obligación que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detención bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los días del mes de Marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvían las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de acción, devoraba la existencia de los corrillos: el juego, nutrición de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en ninguna parte, en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos: el juego, símbolo de la solución misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos días existían en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumáñes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecían parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. He aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la protección que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso al sentar el pié en el patio de la cárcel se ve insultado, acometido, robado

por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza*, ó *la que yo me forje aquí*.» He aquí el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su protección? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel, efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existían allí: dos barateros; dos seres que se creían con derechos á imponer leyes á los demás, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, bey de aquella colonia. Á su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesión: éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala*. He aquí el hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confía su derecho á su brazo.

El día va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la Madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al són del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debía oír acabar la salve: un segundo transcurre apenas, y con el último acento del cántico llega á los piés del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmundada que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño, pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á dispartar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo de que en vida yo no hice más caso que de ti, puede contagiarme con su putrefacción; y por ende mando que el cuerpo se encierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando á otro hombre, aun enton-

ces que mis leyes no te protegían. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar : lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti, y tú no los tienes para mí : yo tengo alguaciles para ti, y tú no los tienes para mí : yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para ti, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que sólo fueron de él ocasión.

Y el baratero : ¿ Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí ? Ignoro si mi vida es mía ; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía, y por la religión no puedo disponer en ella ; pero si no es mía siquiera, ¿ cómo será tuya ? Y si es más mía que tuya, ¿ en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de común acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra común cuestión ?

Y la sociedad : Algún dia, baratero, tendrás razón ; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese dia en que tendrás razón, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción ; en el dia la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente ; ¿ por qué no has aguardado para batirte en duelo á que la ley estuviese derogada ? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar...

Y el baratero : ¿ Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo... ?

Y la sociedad : Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporación, debiste aguardar á lo menos á ser opulento, ó siquiera caballero... ó aprender en tanto á eludir mi ley.

Y el baratero : ¿ Y la igualdad ante la ley, sociedad... ?

Y la sociedad : Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes las conquistéis ; cuando yo sea la verdadera sociedad, y éntre en mi composición el

elemento popular ; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado : ¿ no ves que me falta el pueblo ? ¿ no ves que ando sobre él, en vez de andar con él ? ¿ no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del sér, y que sólo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo ? ¿ no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad ? ¿ Y de qué te quejas, pueblo ? ¿ No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos ? ¿ no lo autorizas todo sufriendolo todo ?

Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de ti, oh sociedad ; porque no comprendo...

Y la sociedad: Pues date prisa á comprender, y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora, y llegará más pronto por tu culpa ; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ; Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza : ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa !!!

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley, merece la pena ; ¡ y quien tal hizo que tal pague !

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver ; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

LA NOCHE BUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO (1)

DELIRIO FILOSÓFICO

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus Gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado: si así no fuese, le serviría yo á él. En esto soy al revés del divino orador que dice *Cuadra y yo*.

decir lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusión. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcón; veía los empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al menos no está obligado á pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta*!!!

«¡Las cuatro! ¡La comida!» me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos!!! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en

sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: « Esta noche me dirás la verdad. » Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Los miré con orgullo: « Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. » Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿ Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días ¿ qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: « Hoy es un aniversario: » y el pueblo ha respondido: « Pues si es un aniversario, comamos y comamos doble. » ¿ Por qué come hoy más que ayer? Ó ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestión. Miserable humanidad destinada siempre á quedarse más acá ó á ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿ Hay misterio que celebrar? « Pues comamos », dice el hombre; no dice: « Reflexionemos. » El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡ Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía á los bulli-

ciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa; aquella agría y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡Las cinco! hora del teatro: el telón se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza: ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la Junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, lleno de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitación de la mayor parte

de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *cónsola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! Á pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil, exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí. ¡Oiga! está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro; aquella en figura de hombre beodo arrimado á los piés de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y ratiocinó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho; tal me ha pasado; no escribo para los que dudan de mi veracidad; el que no quiera creer-

me puede doblar la hoja; eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á ti, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre: yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te envuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de ti para siempre la mujer que

adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿Á mí quién me calumnia? ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á ti te paga el mundo como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres del mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas á los piés de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese

depósito sin conocerla. Confías tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo; inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á ti mismo. Ténme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!!!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo cansado del esfuerzo había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado; y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco, exclamo, día 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. Á la mañana amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.

UN REO DE MUERTE

CUANDO una incomprendible comezón de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de ésta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de mur-

muración, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas pseudo-filántricas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro: á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde á veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquel; porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al menos: « Aquello es falso; es pura invención; es un cuento forjado para divertirnos; » y en el mundo es todo lo contrario; la imaginación más acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupación es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabón de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una frase que lo ocupó todo: la política. ¿Quién hubiera leído un lisonjero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telón de la política escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la facción, y todos volvimos la cara á mirar de dónde partía el tiro: en esta nueva representación, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*; vimos un faccioso primero, y luego

vimos un *faccioso más*, y en pos de él poblarse de facciosos el telón. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome á una parte y otra, di la cara á dos enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, á la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que había mal engendrado; pero tras éste debían venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debía destronar á su padre. Nació la censura, y heme aquí poco menos que desalojado de mi última posición. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétele y le obedezco; he aquí cuánto se puede exigir de un ciudadano: á saber, que no altere el orden; es bueno tener entendido que en política se llama *orden* á lo que existe, y que se llama *desorden* estē mismo *orden* cuando le sucede otro *orden* distinto; por consiguiente es perturbador el que se presenta á luchar contra el orden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el orden probablemente, porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo más fuerte que él; en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante; porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habían de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribí), tengo placer en hacer de paso esta advertencia al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien, espero que después de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle: digo esto porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposición feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil, y escribo todavía con más miedo que poco mérito y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es qué el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos im-

pide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no deberían parecérselo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal ó cual manera, porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas: he aquí por qué las leyes dificilmente pueden ser otra cosa que el indice reglamentario y obligatorio de las costumbres; he aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan; he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto; volvamos á él: este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica:

Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; ese grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del sér que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algún reo de muerte habrá hecho esta singular observación, pero debe ser horrible á sus oídos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leída y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religión se apodera de él como de una presa ya segura: la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales transcurren allí para él: gran consuelo debe

de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad sin embargo se abre paso al través del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresión, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trate de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él; injusticia por cierto incomprendible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educación; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educación, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religión en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oídos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazón á Dios, y éste es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordecíó á la voz del deber y de la religión, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectación de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religión acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor: y en esos reos, en quienes una opinión es la preocupación dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é

irreligiosas, que momentos antes componían juntamente con las preces de la religión el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de piés y manos sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre.—¿Qué espera esa multitud? diría un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar, ese sér coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un día solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curioseá esta nación?—Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre.—¿Dónde va?—¿Quién es?—¡Pobrecillo!—Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va sereno?—¡Qué entero va!

He aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desorden: la otra mitad es obra de la tropa que va á poner orden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería á rebatir ese? Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un sér que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plázuela: la tablazón desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo: en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros de Casti, á quienes su amo proponía, no si debían morir, sino si debían morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe: el que sólo había robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella: la sociedad también da ciento por uno: si había hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivía aún... De allí á un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela; el hombre no existía ya: todavía no eran las doce y once minutos.—«La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

NECROLOGÍA

EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE

DOMINGO 15 DE ENERO 1837

Vive el malvado atormentado, y vive,
 Y un siglo entero de maldad completa;
 Y el honrado mortal.
 Nace y deja de ser.

CIENFUEGOS.

YA hace días que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde después de muerto al mérito, que en vida suele, para oprobio suyo, desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan; empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazón la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte, y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religión eleva al Criador en preces por el que fué, el melancólico són del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *de profundis*, agonizante clamor del sér que se refugió al seno de la creación, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdón pedido, la deprecación de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oído del desgraciado, cuando

devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazón, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caído, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. Á los piés del Altísimo no es ya á la opinión de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinión de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecución, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido más fecunda de gloria y de merecimiento que en los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricación. Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve, ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusión que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epítetos que tan fácilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el más noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Qué llamaremos un día al que nos salve, si alguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menudados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle ó escarnecerle más que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni había menester serlo para dejar muy atrás al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un joven que hizo por principios y por afición, por virtud y por nobleza de carácter, algo más que su deber; dió su vida y su hacienda

por aquello porque otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena fe que eran todos iguales á él. Inclinado desde su más tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por afición, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educación y de tolerancia que sólo se adquiere en los países adelantados, donde la civilización ha venido á convencer á la sociedad de que para ella sólo las cosas, sólo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demás en las extranjeras, su afición á la carrera militar le llevó á asistir al famoso sitio de Amberes, donde empezó al lado de experimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su país, sus afectos personales, su posición independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemía despedazada por dos bandos contrarios que algún día acaso se harán mutuamente justicia. El corazón generoso del joven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodía de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con exponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió más de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fué ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, y entre los cadáveres mismos que no hacían más que precederle algunos meses. Hizo más: cuando una revolución no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interés de la patria del interés de un Go-

bierno que le había sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su misión defender el Estatuto ó la constitución; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguía siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada más, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demás que como él pensaban habían ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció más, ofreció su opinión. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacía no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedía al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna había encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun después de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relación es el mayor elogio, es el epíteto más glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aún más cobarde, esa vida llena de desinterés y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensación el haber espirado en Bilbao, y el haber oído el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que había sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange espiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuía.

Pero era justo; Campo-Alange debía morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era subordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razón y la imparcialidad presidían á sus escritos. ¡Qué papel podía haber hecho en tal caos y degradación!

Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido; con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofre-

cido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquella, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo más tierna, más justa, más gloriosa!
